

Narrativa Cardinal Argentina

### 3. CÓRDOBA. LA RIOJA SAN LUIS. SAN JUAN. MENDOZA



**CUENTOS AL SUR DEL MUNDO**





Narrativa Cardinal Argentina

### 3. CÓRDOBA. LA RIOJA SAN LUIS. SAN JUAN. MENDOZA



**CUENTOS AL SUR DEL MUNDO**

## **Presidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

### **Ministro de Educación**

Prof. Alberto Sileoni

### **Jefe de Gabinete de Asesores**

Lic. Jaime Perczyk

### **Secretaria de Educación**

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

### **Secretario del Consejo Federal de Educación**

Prof. Domingo De Cara

### **Directora del Plan nacional de Lectura**

Margarita Eggers Lan

### **Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto**

Canciller Héctor Marcos Timerman

### **Jefe de Gabinete**

Embajador Antonio Gustavo Trombetta

### **Presidenta del Comité Organizador Frankfurt 2010**

Embajadora Magdalena Faillace

---

### **Selección, edición y diseño**

Plan Nacional de Lectura

### **Selección**

Graciela Bialet, Ángela Pradelli,  
Natalia Porta, Silvia Contín y  
Margarita Eggers Lan

### **Corrección**

Silvia Pazos

### **Diseño gráfico**

Juan Salvador de Tullio

Mariana Monteserin

Elizabeth Sánchez

Natalia Volpe

Ramiro Reyes

Paula Salvatierra

---

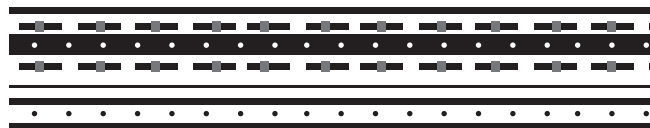
Textos seleccionados por la coordinadora de esta región Graciela Bialet

Contacto: [planlectura@me.gov.ar](mailto:planlectura@me.gov.ar)

[plecturamarga@gmail.com](mailto:plecturamarga@gmail.com)



# PRÓLOGO



*Cuentos al sur del mundo* conforman una antología que pretende “leer” a nuestra Argentina de la cabeza a los pies. En un país cuyas identidades culturales son tan diversas como cada una de las regiones y provincias que la componen, esta pequeña selección quiere mostrar una pincelada de las valiosas producciones que construyen nuestra Narrativa Cardinal Argentina.

El Plan Nacional de Lectura extiende los brazos más allá de sus límites naturales para mostrar al mundo la riqueza de sus palabras y provocar en quienes tengan la oportunidad de recorrer estas páginas la pasión por la buena lectura, por la que trabaja a diario en todos los rincones de la patria.

Esperamos que estos cuentos, seleccionados por cada una de las coordinadoras del Plan Nacional, conozcan nuevos ojos para seguir asombrando al mundo.

**Plan Nacional de Lectura**

Ministerio de Educación de la Nación Argentina



# ÍNDICE



— El cazador  
César Altamirano  
Pág. 7

— Pibes  
Daniel Salzano  
Pág. 11

— Evita  
Daniel Salzano  
Pág. 12

— El conjuro  
Cristina Bajo  
Pág. 14

— La selva  
de los reptiles  
FRAGMENTO  
Joaquín V. González  
Pág. 21

— Tía Lila  
Daniel Moyano  
Pág. 25

— El Negro Shono  
Jorge Ponce  
Pág. 30

— El llamado  
de la montaña  
Mario Bravo Tedín  
Pág. 35

**SAN LUIS****SAN JUAN****MENDOZA****— La araña**

Berta Elena Vidal de Battini

**Pág. 38****— Infinito**

José Eduardo González

**Pág. 50****— Amigos  
por el viento**

Liliana Bodoc

**Pág. 59****— El encantamiento**

Polo Godoy Rojo

**Pág. 41****— Una mano  
fantasma**

Juan Pablo Echagüe

**Pág. 52****— Volamos**

Antonio Di Benedetto

**Pág. 64****— La muerte  
dura un ratito**

David Aracena

**Pág. 46****— La mazamorra**

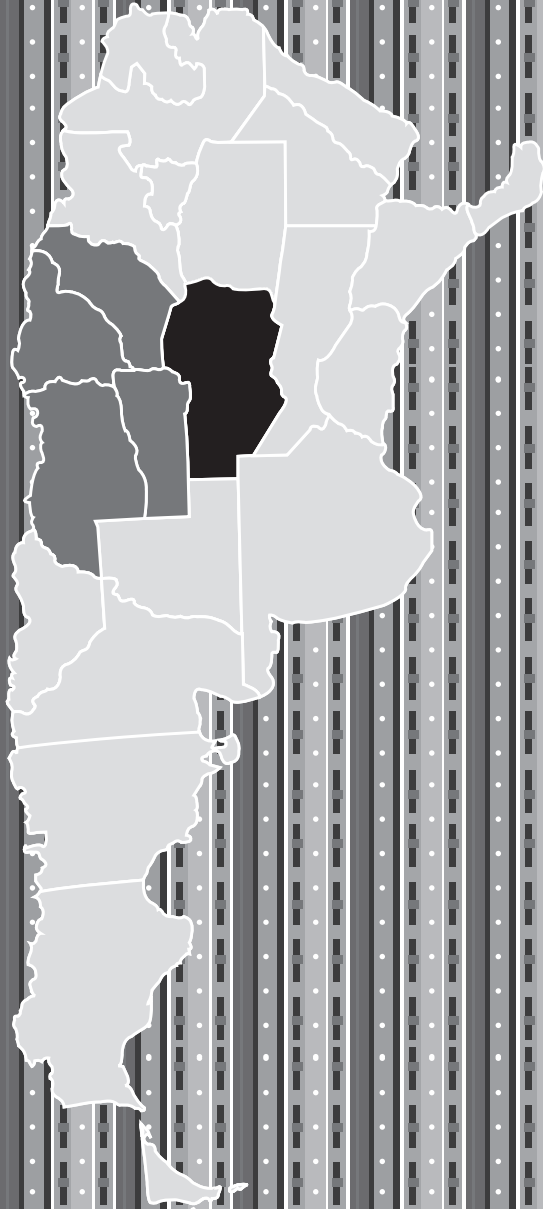
Antonio Esteban Agüero

**Pág. 55****— Caballo  
en el saltral**

Antonio Di Benedetto

**Pág. 65**





**CÓRDOBA**

# El cazador

César Altamirano

**S**iguiendo el rastro que dejaba el muñeco en la tierra del patio, se podía llegar hasta el chico. En la sierra, se había perdido la cuenta de los días que soplaban el norte, persistente. Abajo, cerquita, el río, a punto de desaparición, era apenas un hilo cercado por arenas voraces que amenazaban tragarse las últimas gotas.

La tierra reseca era polen asentado sobre todas las cosas.

El hombre dejó descansar el hacha para recibir el mate y luego comentó:

–El sur viene de agua.

–¡Ojalá no tarde! –fue la respuesta.

La mujer inmóvil parecía tallada en madera, mientras esperaba. Sus ojos enrojecidos aparentaban no mirar nada. Cualquiera hubiera dicho que a ese ser lo habían vaciado. Recibió el mate al tiempo que el hombre arrasaba el sudor de su cara con el brazo.

Continuaron los golpes secos. El tala se resistía y pequeños trocitos de madera salían disparados en cualquier dirección. Con un golpe al sesgo y otro en contra se veía el oficio. Empezó temprano, con la esperanza del fresco, pero había amanecido caliente, sin tregua.

Como haciendo caso a una señal misteriosa, cantaron todas juntas las chicharras. Atronaron el aire.

Una lagartija verdeó su forma en un costado del patio, hacia la pirca.

Entonces, la mujer vio al chico y le gritó sin estridencias:

–¡Le he dicho que no juegue en la pirca! Es peligroso.

El chico dejó de hurgar las juntas de piedra con el palito y poniéndose el Superman bajo el brazo, se fue al reparo del adobe. Ese gran muñeco de plástico descabezado, era jaula donde iban a parar sapos de lluvia, lagartijas, pichones de torcaza.

A ratos, el hombre miraba las presas y pensaba:

–Este será cazador.

El cachalote trotó marroncito con pasos marciales.

Escondido en la sombra, el chico contemplaba absorto la aparición. Era un pequeño cordón amarillo, naranja y negro que ondulaba despaciosamente. En cono de sol, filtrado por las cañas del alero, hizo restallar los colores.

La ramita de acacia negra tenía dos espinas en la punta. Usándola como tenedor, enrolló la víbora y la introdujo por el hueco del Superman. En ese momento, el muñeco se convirtió en una trampa mortal. El chico tapó el agujero con la mano; dentro empezó a agitarse la coral. Dos veces irguióse repentina y tiró el saetazo, mas no podía morder la lisura tibia de la palma. Al chico le gustó la cosquilla y pensó que su presa jugaba con él. Después se aquietó, ovillándose en el fondo de su encierro.

El cazador, al no sentir movimiento, empezó a correr la mano, acercando el ojo al agujero.

Espió atento.

La luz, a través del plástico, opacaba los colores del ofidio. Este se movió y el chico pudo ver la pequeña cabeza de terciopelo negro, con dos ascuas diminutas por ojos. Sacó la mano dejando libre la salida.

Su prisionera estaba quieta, como muerta; entonces introdujo el palito hasta el fondo. La víbora cobró movimiento y empezó a enroscar la rama, subiendo. La sacó afuera depositándola en el suelo. Al sentirse liberada, reptó suavemente tratando de escapar, pero no fue muy lejos. El tenedor de espinas aprisionó el centro de su cuerpo y levantó la cabeza para atacar esta vez a la rama. No lo hizo y volvió a enroscarse en ella. El chico aprovechó la situación para introducirla en el muñeco por segunda vez.

–¡Vengan a comer! –pudo escuchar desde un punto infinito de su abstracción.

Entonces dejó parado el Superman en la tierra y tapó el hueco con una piedra chata. Ahí quedaron, envase y contenido, mientras se dirigía presuroso a la mesa.

Bajo el alero de caña, el hombre y la mujer esperaban. Se acomodó en el banquito celeste descascarado y apuró el guiso de cordero, urgido por volver a la sombra del adobe con su tesoro.

Una araña enorme, negra y velluda, transitaba ceremoniosa por un tirante del alero. El hombre la vio.

–Va a llover nomás... Ha salido la pollito... –dijo, terminando el resto del vino.

Prendió un chala con una brasa alzada con los dedos, antes de volver al corte de leña.

La mujer echó agua a la batea de algarrobo para lavar los enseres, cuando advirtió un apurarse sospechoso del chico hacia la sombra del adobe.

–¡Váyase a dormir!

La frase lo alcanzó justo cuando alzaba el muñeco, para evitar la acometida furiosa del perro, que salió de los churquis ladrando erizado.

–¡Quieto, León! Cuando ese perro se va al monte unos días, vuelve hecho una fiera, mejor atarlo...

El animal, inquieto, se resistía, pero le pasó la cadena al cuello. El cazador, como si ocultara algo, cruzó la arpillera de la puerta y se tendió en el catre, reteniendo contra su pecho su jaula tapada con la mano libre.

–¡Le he dicho que se duerma! –ordenó la madre, acostándose de espaldas al lado del chico.

Este se volvió y para acomodarse quitó la mano que tapaba el envase. La coral asomó la cabeza orientada por su lengua rítmica y nerviosa. Sacando medio cuerpo, exploró la espalda de la mujer, sin encontrar resquicio en el vestido de bayeta. Retrocedió y la mano del chico, en la inconsciencia del sueño, cerró nuevamente la salida.

Así durmieron.

La siesta pasó como viento del desierto.

La leña ya estaba apilada y el hombre se disponía a tomar mate, cuando le recordó a la mujer:

–Es hora de que despierte al cazador.

El chico somnoliento apareció entre la arpillera y el marco, abrazando el muñeco de plástico.

El perro atado saltó toreando súbitamente, pero la cadena lo frenó en seco.

La mujer se dio cuenta del peligro que anunciaba León. Ella, paralizada por el terror, transpiraba frío, fijos los ojos en la celda de plástico.

–¡Vení! –le gritó–. ¡Sacale eso!

El chico, retrocediendo a la defensiva, aferró la mano en el cuello trunco del Superman.

Entonces sintió el picor en un dedo y asomaron minúsculas gotitas rojas. Con un violento revés, el hombre arrojó al suelo el muñeco. Este pareció vomitar de su interior al reptil que huía.

Con decisión instintiva lo aplastó, mientras empuñaba con amargura el filoso machete, dispuesto a cercenar el brazo como único remedio.

Giró suavemente el cuerpo de la víbora con la desflecada alpargata viendo la panza blanquizca que aún latía.

–¡Falsa había sido! –dijo y escupió el chala ■

### **CÉSAR ALTAMIRANO**

Nació en 1926 y reside en Córdoba. Fue profesor de matemática e historia. Comenzó contando cuentos en forma oral, y luego de abandonar la docencia se dedicó a la escritura. Aún frecuenta la buena costumbre de narrar para jóvenes y adultos en escuelas y clubes. Ha publicado *Los anillos del diablo* y *Zona roja* y otros cuentos (en coautoría con Juan Coletti y Carlos Guilli). Este cuento fue tomado del libro *Desde Córdoba narran* (Bohemia y figura, Córdoba, 1978).

# Pibes

Daniel Salzano

**L**os ves caminar por la gran ciudad con las manguitas cortas, el pelo duro y una mirada que sólo responde a los estímulos del miedo. Atraviesan la puerta del café como sombras de sí mismos y, a lo sumo, te tocan el hombro o te ponen la mano abierta a la altura de la cara. La subinfancia cordobesa ha cambiado de sistema. Ya no vende aspirinas ni ofrece estampitas. Tampoco saca a pasear la receta de la hermana internada en el San Roque. La subinfancia ya no habla. No protesta. No agradece. Su única preocupación evidente es que el mozo no les ponga la mano encima. Y es que hay veces que los mozos llaman a la policía. Y es que hay veces que los mozos los echan a patadas.

También los ves por las esquinas, deambulando. Algunos todavía llevan chupete. Mano de obra barata, inocente, manejable. Los menos inspirados luchan entre sí por abrir y cerrar las puertas de los taxis. Los más afortunados terminan reclutados por las mafias que manejan el quiosco de las esquinas, el parabrisas y el detergente. Córdoba no tiene mucho respeto por sus niños.

Los ves a medianoche, por Chacabuco, buscando algún lugar para ver la tele que hay en los bares. Cualquier lugar les viene bien. Tumbados en mitad de la vereda, subidos a un árbol, sentados sobre el techo de una chata. Ni se portan bien ni se portan mal. No meten ruido. No dicen nada. Ven a Tom y Jerry y no se ríen. Ven a Fito Páez y no cantan. Ven los goles del domingo y no se alegran. A veces les das

un puñado de monedas y lo reciben como quien recibe un puñado de viento. Todo forma parte de un mismo endurecimiento, de una misma rutina deshumanizada.

Un día cualquiera se levantan hombres.

Y nunca más volvemos a verlos. ■

# Evita

**D**e pronto estalló el rumor de por Alta Córdoba que Perón y la Eva iban a venir en tren de Buenos Aires para darse una vuelta por el barrio.

El tren de Perón y de la Eva, decían los maquinistas jubilados del Belgrano, incluía un gimnasio donde el general jugaba al frontón por las mañanas, una palangana de oro empotrada en el centro de un bañito veneciano y en la cola propiamente dicha del convói, un vagón de puertas abiertas por donde manos invisibles dejaban caer pelotas Pulpo, estufas Volcán, bandejas de merengues y botines Sportlandia.

Todo lo que recordás del día propiamente dicho en que el tren de Perón y de la Eva llegó al barrio de Alta Córdoba es que tu estampa de niño asombrado fue levantada en peso y zarandeada por una muchedumbre enardecida que con una mano sacudía banderitas y con la otra aporreaba al expreso de la patria.

A Perón no lo viste (estaría en el gimnasio) pero en cambio, de improviso, te encontraste en primer plano con la Eva, asomada justamente por la puerta del vagón de los merengues.

Evita era una mujer delgada, de piel trigueña, que sonreía igual que en los libros de la escuela y llevaba puesto un vestido rojo sangre en forma de triángulo equilátero.

Cuando volviste a casa y te preguntaron por los botines Sportlandia, contaste una en colores. Dijiste que Perón era un tipo alto con espuelas, que la Eva se parecía a Rita Hayworth y que no habían repartido los merengues porque el policía encargado de probarlos había muerto... envenenado.

El verdadero problema que tendrá el realizador Alan Parker durante la filmación de *Evita* no será reconstruir ni la estación de Alta Córdoba ni el bidé del bañito veneciano, sino hacer que Madonna se parezca a Rita Hayworth. ■

### **DANIEL SALZANO**

Nació en 1941 en Córdoba. Escritor y periodista, durante los años de dictadura vivió en Europa. Muchos de sus poemas se convirtieron en canciones que interpreta Jairo. Algunas de sus obras: *El libro del amador*, *El alma que canta*, *El espadachín de la ciudad* y *Los días contados*. (Op. Oloop Ediciones, Córdoba, 1996) de donde se tomó este texto.



# El conjuro

Cristina Bajo

(Publicado ene. diario La Voz del Interior el domingo 25 de enero de 2004)

**L**as niñas corrían por el descampado con las jaulas colgando de sus dedos como racimos. El anochecer las volvía temerosas, pero corrían, los brazos en alto, los pájaros aleteando con tanto pánico que ni piar se los oía.

–Aquí no más –imploró Sara, la mayor.

–Es muy cerca.

–¡Me duele el costado, Lydia, no puedo correr!

–¿Querés que nos vean? Además, tiene que ser lejos, o encontrarán las jaulas.

–¡Quiero volver a casa, está muy oscuro!

–¡No seas llorona, hay luz todavía!

–Para cuando terminemos...

–Haré una antorcha con un trapo encendido.

–¿Y si nos ve la vieja que lava?

–No nos verá.

–¿Y si nos muerde el Bobby?

–El Bobby saldrá corriendo con la cola entre las patas cuando vea el fuego.

–Se apagará, siempre se te apaga...

La voz de Sara sonó desconsolada y Lydia se apiadó.

–Bueno, ya llegamos. Cuidado al cruzar el puente.

Cautelosamente traspusieron la angosta pasarela; un pájaro pió y el sonido, triste e irreconocible, atacó el corazón de Sara.

–Lydia, volvamos. Me da tanta pena...

–¿Estás loca? Ahora tenemos que seguir, sino, podría pasarnos algo malo.

–¿No podríamos soltarlos, simplemente?

–No.

El tono de su prima era terminante.

–Y ahora, no hables. Tengo que contar los pasos.

Bordearon unas tapias caídas y alcanzaron un árbol que a Sara se le antojó amenazante. Estaba arrepentida de haberse dejado seducir por su prima, por las historias que escuchaban tras la puerta de la biblioteca de don Manuel, cuando iban a ayudar a doña Rita. Sentía que se había dejado atrapar en la telaraña de los juegos de su prima y la palabra pecado se agrandó hasta asustarla. El espanto la cegó y tropezó en una piedra.

–¡Por favor, Sara; tenés que pisar donde yo piso!

Tenía que ser venial, pensó Sara; y si era así, podía dejar de confesarlo al padre José. Sin embargo, matar... matar era...

Casi gritó cuando vio la pila de ramas de flores amarillentas, casi tan alta como ellas, sobre papeles y trapos viejos.

–¿Sabés cómo se llama esta planta?

–Qué me importa; quiero volverme. No juego más.

–Esto no es un juego.

La frialdad de la voz de su prima estremeció a Sara. De pronto, la cocina iluminada a kerosén, el gran trasto de hierro que despedía calor con sus entrañas de brasas, el amontonamiento de sus primos en la penumbra, alrededor de la mesa para tomar la sopa espesa que les haría de cena, le parecieron la esencia de la felicidad. Esa pieza de inmigrantes, oscura pero tibia y llena de la presencia cariñosa de su tía, le pareció el paraíso.

–No puedo.

Lydia intentó persuadirla, pero ella insistió:

–¿No podríamos soltarlos, simplemente?

–¿Acaso la abuela se saltea un padrenuestro cuando rezamos el rosario?

–No, pero el rosario es sagrado.

–Esto también.

–No; esto es... –se atragantó y murmuró entre dientes–. No puedo hacerlo.

Lydia comprendió que no habría fuerza en el mundo que la hiciera cambiar, así que cedió.

–Bueno, pero me vas a alcanzar los pájaros.

–Solamente sostendré las jaulas –se endureció Sara.

–Y no pienso ir por la calle como los romanos. Si se hace de noche, te dejo y me vuelvo sola.

–Está bien, está bien.

Abrió la jaula, metió la mano y atrapó un canario, pero dudó al sentir el latido encerrado en su mano, entre las plumas sedosas. No pudo ensartarlo en las espinas, como decía el conjuro, porque su prima, con un grito, la tiró de espaldas. El pájaro escapó de su puño, aleteó y se perdió como una flecha hacia el río. Luego, mientras ella intentaba ponerse de pie, Sara comenzó a abrir las jaulas, sacudiéndolas para que los pájaros escaparan. La manoteó, furiosa, pero ya todos habían desaparecido entre los árboles del río. La necesidad de cumplir con el ritual la volvió loca. Atrapó las plumas que flotaban en el aire, que habían quedado dentro de las jaulas, en sus ropas, mientras murmuraba: “Mi alma, te doy mi alma junto con estas plumas, ya que no he podido darte los pájaros”. Luego, como en trance, buscó los fósforos y encendió la fogata. A la lumbre de las lenguas cálidas, amarillas y olorosas, se miró las manos. Una gota de sangre le manchaba la palma. ¿De ella, del canario? No lo sabía, pero le pareció un indicio.

Sara sollozaba cada vez más fuerte.

–Basta, se acabó.

Jilgueros, cardenales, canarios, calandrias habían escapado; sólo las jaulas vacías rebotaron sobre el corazón amarillo del fuego.

–Ya está –dijo sin aliento–. Ya está.

Sara le daba la espalda, encogida de miedo; temía a su prima, aunque no sabía por qué: nunca le había pegado.

Lydia, en tanto, movía los labios conjurando a algo o a alguien mientras solicitaba lo que había ido a pedir, aunque su esperanza decaía

con el fuego. Con la última brasa, se volvió, la tomó de la mano y huyeron sobre el puente de tablones, sintiendo como si el aire las retuviera y el viento deslizara en sus oídos nombres que no debían ser pronunciados. Desde las sombras, dedos filosos querían atraparlas. Cuando llegaron a la casa, la calle apenas si estaba iluminada por la luz que filtraba una ventana y un zaguán abierto. Lo que dejaban atrás era un gran vacío negro que se detuvo, suspendido, en la esquina. Ahogadas, sosteniéndose el costado donde una puntada no las dejaba enderezarse, se miraron, Sara aliviada, Lydia desilusionada. “Todo se perdió”, pensó, “y quizás mamá sospeche que yo me llevé los pájaros y me castigue con el cinto”.

Más tarde, alrededor de la mesa, su madre, con la extenuación en el rostro y en la postura, les comentó que había recibido carta de su padre, que había vuelto a España para traer a su madre y a sus hermanas a la Argentina.

—¿Dónde está España?

—Lejos, muy lejos —contestó su madre con una tristeza infinita.

—¿En Buenos Aires?

—Más lejos. Hay que llegar a Buenos Aires, subirse a un barco y andar mucho tiempo por el agua para llegar a España.

Luego de decir aquello, la mujer hizo una cansada referencia a la desaparición de las jaulas, interrogándolos con los ojos. Los siete niños negaron con la cabeza. Por unos minutos, sólo se oyó el ruido de las cucharas levantando los costrones de pan duro que les mandaban gratuitamente de la panadería del gallego y que la mujer tostaba al fuego.

Las manos de Sara temblaban, haciendo tintinear la loza, y Lydia la tocó por debajo de la mesa; arrostrar el castigo, sobre todo la postración de su madre, no le habría importado si al menos hubiera conseguido algo. Pero todo parecía tan inútil. No es que esperara, ¡puf!, un globo rojo y Él al medio diciéndole...

—Lávense las manos, la cara y la boca. Vayan a orinar y vuelvan rápido, que hace frío.

Sara no quería salir.

—No tengo ganas de orinar, tía.

Los ojos cansados de la mujer mostraron una chispa de intolerancia.

—Lydia, acompaña a Sara.

—Yo tampoco tengo necesidad, mamá.

—¡Oh, por la Purísima! Elena, lleva a estas grandotas hasta el excusado; seguro que han estado mirando los libros de don Manuel y ahora tienen miedo.

Elena se levantó muy oronda. Era bonita, con una cara rozagante y vulgar. Comía casi todos los días con don Manuel y su esposa, unos catalanes que estaban en buena posición, importando aceitunas y aceite. La señora era muy devota; el señor, un gran lector, un dedicado estudioso de cosas que a las niñas les parecían extrañas. Elena aseguraba que un día se casaría con Rafael, el hijo mimado de ellos, el hijo de la vejez que heredaría la casa con frente de portland trabajado y balcones de rejas, con patio de invierno desbordado de helechos, y la biblioteca.

–Vamos, que tengo que ir a leerle a doña Rita.

Salieron a la oscuridad del patio, las más chicas aferradas entre sí. El vacío negro que habían dejado en la esquina navegó hacia ellas, henchido de ruidos y cosas que se movían y aleteaban y susurraban sobre sus cabezas.

En el excusado, Elena colocó la vela en un banquito, resucitando sombras temblorosas en las paredes. Poco más allá, las gallinas cloquearon, inquietas.

–Entren de una vez.

Sara orinó pronto y mal; después lo hizo Elena y por fin Lydia, que continuaba repitiéndose que todo había sido inútil: el miedo, el pecado, la terrible promesa. Afuera, oía las voces de las otras dándose ánimo. Mientras se acomodaba la ropa, seguía pensando si su alma podía valer tanto como la vida de los pájaros que debía ofrendar.

Levantaba la vela para salir cuando vio en el ventanuco triangular, la cara de cabra, la barba rojiza, el vello inflamado como pelusa ardiendo y los ojos como brasas amarillas. Pero, sobre todo, distinguió los chichones en la frente y la maligna sonrisa. Gritó y la vela se apagó, y aunque ya estaba a oscuras, seguía viendo aquellos tizones encendidos.

–¡El Diablo, el Diablo, el Diablo!

Atropelló la puerta y corrió, más rápido que las otras, perseguida por el llanto de Sara, y sus culpas y todo lo sucedido aquella tarde.

Pero ya en la habitación, al lado del fuego, abrazada a la cintura de su madre, mientras tartamudeaba contando lo que había visto, sabía que todo se cumpliría.

Su hermana se fue a leerle a doña Rita, quejándose porque llegaría tarde: ya se escuchaba subir el tranvía de las 9 de la noche por la cuesta de San Martín. Segundos después, oyeron el chirrido del hierro, un grito agudo y algo que caía blandamente, como un fardo. Su madre se tensó y se llevó la mano a la cruz que colgaba de su cuello. Alguien

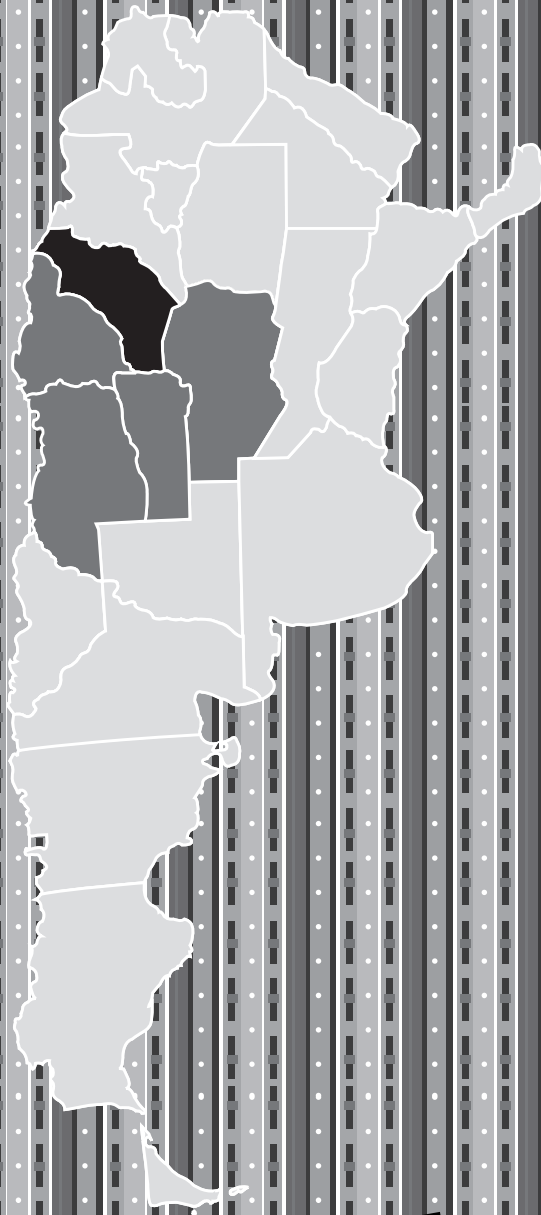
les avisó: “Es Elena; el tranvía la atropelló. Hay que llevarla al hospital, está muy golpeada”.

Lydia, en una especie de éxtasis, supo que ahora sí se cumplirían las promesas. Conseguiría las cosas de Elena: sus medias blancas, sus zapatos de charol, el vestido de volados, el trocito de colorete que le robó a la señora de la tienda, la barra de perfume, la estampita de comunión de Rafael, la mantilla de encaje amarillento que estaba apenas rota en una punta. Ya encontraría la forma de consolar a su madre, la ayudaría con sus hermanos más chicos, se portaría mejor, se...

Oyó a Sara sollozar desconsoladamente y se arrepintió de haberla buscado para que la ayudara. Comprendió que, más o menos pronto, tendría que hacer algo para evitar que contara lo que habían hecho. No era una cuestión de entristecer a su madre ahora que iba a irles tan bien. ■

### **CRISTINA BAJO**

Nació en Córdoba en 1937. Fue maestra rural y trabajó en oficios variados, sin dejar de escribir novelas y recopilar datos históricos. Entre sus obras figuran: *La Señora de Ansenúza y otras leyendas*; *En tiempos de Laura Osorio*; *El jardín de los venenos*; *Tú, que te escondes*; *La trama del pasado*; *Guardián del último fuego* (leyendas para chicos); *Elogio de la Cocina*. Sus libros se han editado en España y han sido traducidos en Grecia, Portugal y Rumania. Actualmente, da cursos de Historia y Literatura; y está escribiendo dos novelas.



**LA RIOJA**

# La selva de los reptiles

FRAGMENTO

Joaquín V. González

**S**ufren mucho los pastores cuando el sol estival caldea las rocas, quema los pastos, convierte en rescoldo las arenas y seca los manantiales. Y Pedro, el de las melodías místicas, salido de mañana para volver con la puesta del sol, pasaba horas muy tristes, aquellas en que toda la vida de los valles, de los bosques y las colinas parecía consumirse entre las llamaradas de la siesta, y en que su rebaño rendido se acurrucaba debajo de los árboles y de las peñas, y en que su amigo inseparable se le acercaba anhelante y sofocado con la lengua estirada, los ojos lacrimosos y suplicantes.

Entonces, sí la soledad de la montaña no le parecía soledad, su tristeza y abatimiento se transmitían también a todos los objetos que antes le correspondieron con alegres ecos o resonancias armoniosas. Y su imaginación juvenil, excitada por la caricia perenne de la naturaleza, desfallecía, se agitaba, y como en delirios de fiebre soñaba las cosas más extraordinarias, y veía en los árboles, en las cimas distantes y en los espejismos del aire abrasado, imágenes rarísimas y muchos engendros sobrehumanos, diabólicos, amenazadores.

Sólo en esos momentos tenía miedo y deseaba que su amigo (el perro) tuviese palabras. Pero contentábase con mirarle los ojos, leer en ellos la cariñosa expresión del amor fraternal, y volver a buscar en el horizonte, en los paisajes, en las ramas de la selva, las impresiones de la realidad conocida.

\*\*\*



Un día de esos más ardientes, condujo el rebaño a una garganta estrecha de la montaña, para que no faltasen las sombras y las ráfagas frescas; y antes del mediodía ya las caídas de los cerros se bordaron con la majada dispersa, semejante a las del Líbano, de los Cánticos. Por el fondo del bajío murmuraba un torrente entre piedras enormes: árboles gigantes llenaban el plano, siguiendo la cortadura y aspirando a mirar con sus últimas hojas por encima de las cumbres; por el cielo giraban algunos cóndores impasibles y el sol de enero empezaba a poner en ebullición, y en corrientes de fuego las ondas del aire.

Ya es la siesta, la siesta abrumadora y mortal. El pobre Pedro vino a guarecerse bajo el ramaje espeso y amplio de un tala antiguo, mientras sus corderos, refugiados en asilo seguro, no le inspiraban cuidado: vigilaban por ellos las madres y el perro leal, nunca dormido en su guardia. Si no hubiese tanto fuego en el aire, tanto pavor indefinible en el bosque solitario, tanto amago misterioso en las cuevas y en los nidos desiertos y en las grutas ignoradas, habría dormido el pastor tendido en la blanda arena. Pero las siestas son semejantes a la medianoche, y en ellas aparecen los duendes rapaces, los insectos cautelosos, las visiones terribles de la sofocación y el silencio. Y luego, el cerebro de un adolescente es rico en repercusiones extrañas, en recuerdos y temores punzantes, de relatos y consejas oídos en las noches del fogón.

Pedro tuvo miedo de todo lo que lo rodeaba; a pesar del calor intenso, una corriente helada crispó su piel curtida; miró en torno y con la idea de salvarse de ataques de fieras, demonios o brujas, se encaramó por el tronco del árbol corpulento, y a una buena altura de la tierra se quedó sentado sobre un gajo enorme, cubierto por el ramaje espinoso.

Su perro, hermano de crianza, y amigo de toda la vida, se hallaba en su puesto de servicio, y como un centinela, era sagrado, inviolable. Entonces hubiera creído que la soledad de la montaña era una soledad, si no hubiese recordado de súbito la flauta de caña, que asomaba en ese instante, su horquilla modelada con cera silvestre, de uno de sus bolsillos. ¡Ah, no! la soledad de la montaña no es soledad, y los vagos y sutiles fantasmas de la siesta de enero, se desvanecían como leve polvo en el aire candente, al eco de sus suaves y queridas canciones.

Cuando el sagrado y sepulcral silencio de aquella colosal necrópolis de granito, arrullada por el acorde difuso de los mismos ruidos de la noche, fue sorprendido por las primeras ondulaciones de la flauta campesina, hubo una sonrisa en el valle estrecho, y el mismo pastor aterrizado, no pudo contenerla en su rostro

\* \* \*

Medio adormecido por la somnolencia de la atmósfera, por el arrobamiento de su música, y por un vago temor no dominado del todo, Pedro no

abría los ojos; y así se hallaba más confiado y tranquilo. Pero era forzoso reposar; y cuando de pronto cesaron el canto y la embriaguez de las rústicas melodías, y como sorprendidas en su embelesado sueño, tres serpientes enormes, de piel abigarrada y caprichosa y de miradas fascinadoras, se agitaron en contorsiones violentas de fuga sobre la cabeza del pastor-artista: le rodeaban con sus anillos elásticos y lucientes y se deslizaban en espirales hacia el tronco rugoso y áspero del árbol que le servía de refugio.

Fue el espanto de la repentina visión tan horrendo, que el pobre niño lanzó un grito desgarrador, estridente, que hizo estremecer mil y mil veces los cerros, las faldas, las cimas inconmovibles; puso en alarma los nidos, las grutas, el rebaño y las manadas de guanacos errantes que respondieron con agudos relinchos; y en las ramas del árbol, no hallando salida inmediata, se atropellaban y enroscaban en confusión ante los ojos extraviados del pastor centenares de víboras y lagartos, que en la prisa del terror se acometían entre sí, despedían chispas de sangre, las pupilas rencorosas se agitaban y hacían rechinar colmillos de marfil finísimo, se arrojaban al suelo formando nudos indisolubles; y por todas partes la arena se movía cual si cada uno de sus granos innumerables cobrasen vida y ondulaciones de reptil, en generación espontánea y maravillosa. Las hojas, los tallos, las plantas parásitas de racimos rojos. Los nidos ocultos, adquirían en la pupila espantada de Pedro las curvas inquietas de la víbora y se coloreaban con sus tintas inimitables, que a él le parecían de luces y de fuego.

El terror llegó a su colmo, al ver que amenazaban aprisionarle en sus sortijas escamosas; clavarse en sus carnes los garfios de marfil, y las dobles filas de sus lenguas de grana, agitadas con furia incesante entre las fauces abiertas; entrelazarse y morderse las colas huecas o agudas de los cascabeles, y las culebras, irritadas de su propia ponzoña, hincar los dientes húmedos en la vieja corteza del árbol, o desgarrarse su misma carne en festín suicida y delirante.

Al horrible grito del espanto respondió el perro fiel con un doloroso aullido que sembró el pánico entre el dormido rebaño, y cuando el pobre animal se acercó al amigo infeliz, éste tuvo la resolución suprema de dar un salto hacia la tierra y emprender carrera desesperada para salvarse de la persecución de los reptiles que él sentía tras de sus pasos chirriar, silbar, zumbiar en sus oídos, horadar su cuello con la punta de las lancetas mortíferas, rozar su piel con la piel fría y espeluznante. De trecho en trecho volvía azorado la cara, atraído por el mismo horror de las visiones, y veía a los reptiles arrastrándose veloces en multitud famélica y chispeante, cual si luchasen por alcanzar la presa fugaz, para devorarla, para encenagarse en su sangre joven.

Despavorido el pobre pastor se despojaba de su sombrero, de su manta, de sus ropas, para arrojarlas a la voracidad y avidez del diabóli-

co enjambre de sus perseguidores, y mientras estos en montón informe y jadeante se detenían ciegos de furor sobre la ardiente arena del campo a acribillarlas, a desmenuzarlas y a convertirlas en hilachas imperceptibles, el niño infeliz avanzaba largo espacio en su fuga engeguedada, sin que fuesen capaces de darle alcance, ni el perro amigo que llorando le seguía, ni la nube de polvo que el rebaño asustado levantaba huyendo hacia los establos.

\* \* \*

Refieren las gentes de la aldea montañosa que esa tarde, poco después de mediodía, divisaron hacia el paraje donde el pastor condujera por la mañana el rebaño, un gran remolino de polvo que corría en dirección de la casa por el camino polvoroso del valle, y pronto distinguieron entre el asombro y la pena más honda, a Pedro el Pastor, venir en fuga desesperada y ciega, dando gritos de espanto, con la faz descompuesta, las pupilas dilatadas y las desnudas carnes chorreando sangre, seguido de cerca por su perro que lloraba sin cesar, y más allá por todo el rebaño presa del más extraño terror.

\* \* \*

¡Ay, ay! ¡las víboras, las víboras! y entre los gimoteos del perro y un sopor profundo, se dormía, agitado por horribles pesadillas.

\* \* \*

Quedaron sus pupilas cerradas para siempre con una vaga expresión de espanto, y cuando los favores de la caridad o los relámpagos fugaces de su memoria le hacían sonreír, eran las suyas unas sonrisas tan rápidas, que luego la contracción de su rostro causaba más tristeza y dolor.

Pero nunca se le apartaron, hasta la muerte, dos amigos suyos, muy suyos: la flauta de caña y de cera silvestre y el perro leal que se alimentaba con él en un mismo plato. ■

## **JOAQUÍN V. GONZÁLEZ**

Nació en 1863 en Nonogasta, Provincia de La Rioja, y murió en Buenos Aires en 1923. Estudió Derecho en la Universidad de Córdoba y luego fue un destacado hombre público: Diputado, Senador, Gobernador de La Rioja, Ministro del Interior y Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Como escritor, su libro más conocido es *Mis Montañas*. Como jurista publicó el *Manual de la Constitución Argentina*. En 1935 se editaron sus *Obras Completas* en 25 volúmenes.

# Tía Lila

Daniel Moyano

**P**obre tía Lila con su vestido blanco, tan alta, tan soltera. Un vestido en el que trabajaron las mejores costureras de las sierras para plisarlo y darle esa forma de campana ondulante que tenía todas las tardes tía Lila cuando nos llamaba desde la galería. Chicos, dejen ya esa pelota por favor, y a lavarse las manos, a frotarse las rodillas, y limpiarse la nariz que vamos a rezar. Un vestido que de tan plisado que era, ella podía levantarlo o moverlo para cualquier lado sin que se le vieran las rodillas; nunca se acababan los pliegues, ni siquiera cuando tomaba las puntillas del ruedo y lo alzaba hasta la altura de los hombros para ser un pavo real, o juntando las manos sobre la cabeza, cerrándose allá arriba la campana para ser escarapela. O puro remolino si bailaba, el vestido se abría girando como el remolino donde se ahogó el tío Jacinto. Y qué manera de tener encajes y bordados; hilos de todos los colores formando dos grandes mariposas en el pecho, repetidas en las mangas cerradas en los puños con tiritas amarillas, todo encerrando a tía Lila en una gran blancura.

Chicos, hoy nos vamos a Cosquín a visitar al tío Emilio. A portarse bien, no llevar las hondas, no matar palomitas de la virgen ni entrapar jilgueros. Portarse bien con el tío Emilio que es tan bueno y les dará leche de cabra, pan con chicharrón y miel de sus panales. Mucho cuidado queriditos, a ser juiciosos y prudentes en la casa del tío Emilio tan bueno tan hermoso.

Nada de cazar pájaros y clavarles agujas en los ojos, miren que Dios puede castigarlos por eso y dejarlos ciegos para siempre.

Aprendan del tío Emilio que es tan bueno porque nunca mató pájaros ni les pinchó los ojos con espinas. Por eso lo mejor es portarse bien y juntar berro y peperina, chañar y piquillín para el tío Emilio, sin olvidarse por supuesto de pedirle la bendición. ¿Y no podemos llevar la pelota? No, eso no, dice tía Lila, porque entonces juegan y gritan demasiado, los gritos ponen nervioso al tío Emilio y además espantan a sus abejas.

Que Dios los bendiga, mis queridos, dice tío Emilio tocándonos la cabeza. Y ahora vengan a ver mis flores, mis panales, mis cabritos, mis melones, mis jaulas con Siete Colores, mis canteros de margaritas y coronas de novia. No, gracias, tío Emilio, queremos ir un rato a la cancha. Bueno hijos, vayan con Dios pero no se junten con los negros, no se peleen ni se insulten. No, nunca, tío Emilio, porque Dios está en todas partes y nos está mirando siempre y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Desde la cancha hacemos señas a los negritos del rancherío, que vienen como moscas. ¿Che, no tienen pelota ustedes? Podríamos jugar un partidito. Qué van a tener pelota ellos. Pero hacen señas con los ojos para que miremos el suelo, y ahí vemos un montón de sapos que han salido del arroyo a buscar bichos, dele saltar por la cancha.

Lo lindo de esto es que la pelota ayuda, se gambetea sola. Linda pelota saltarina para los buenos tiros de voleo. Lo malo es cuando hay que cambiar de sapo. A veces te cortan en pleno avance diciendo che, esa pelota ya no vale, ¿no ves cómo está la pobre?, ahora la pelota es esta. Entonces discutimos mucho, griterío, chicos, qué están haciendo en la cancha por amor de Dios, llega la voz de tía Lila.

Carozo y Titilo han formado dos bandos. Yo en el arco de Carozo, el Beto en el otro. Y hay cuatro negritos para cada equipo. Y un montón de sapos, que en cierto modo también son jugadores, alternadamente; ellos, cuando no son pelota, van saltando por la cancha como si jugaran; uno que sube y otro que baja, saltando siempre, desde el arroyo hasta la casa de tío Emilio, justamente hasta sus canteros de coronas de novias, todo es un latir de sapos. En eso hay un pase alto de Titilo. Un negrito viene a la carrera con intenciones de cabecear, pero justo a tiempo recuerda la calidad de la pelota, y entonces la para con el pecho, no la deja llegar al suelo, juega bárbaro el negrito; la frena en la rodilla, la bailotea con la izquierda y tira con la derecha a media altura y muy violento. Yo estoy bien colocado y embolso sin problemas. Pero ahí nomás la suelto, la tiro para atrás por encima del palo, está helada esa pelota, córner gritan varios. Automáticamente voy a buscarla cuando llega la voz de Titilo diciendo que la deje, ya no sirve.

Y allá desde el córner con las patas abiertas viene girando el otro sapo, la panza le blanquea cuando pasa frente al arco, peligro para mí, he salido a destiempo, cuando Carozo salva la situación sacando de

voleo, un tiro bárbaro que toma de sorpresa al otro arquero, que ni ve la pelota cuando pasa alta junto al poste casi en el ángulo y se estrella no sé dónde y ya estamos uno a cero, nos abrazamos con el Carozo y los negritos nuestros.

Chicos, no se ensucien, dice tía Lila debajo de la magnolia. Y dentro de un rato vengan que vamos a rezar todos juntos por el tío Jacinto que está muerto, pobrecito.

Nosotros no queremos rezar ni que nos cuenten otra vez la historia del tío Jacinto. Ya nos hemos olvidado de él. Sabemos que tenía bigotes y usaba sombrero aludo porque así está en el cuadro, en la pared.

Es que el remolino lo hundió y lo devolvió tres veces a la superficie, dice siempre tía Lila como si no lo supiéramos, mostrándonos tres dedos blancos, y nadie fue capaz de alcanzarle un palo, una tablita al pobrecito, y la tercera vez no volvió a salir más.

Se ahogó por boludo, decimos siempre con Titilo. Nosotros nos bañamos siempre en los remolinos, es mejor que en aguas mansas. Uno se deja llevar girando para abajo un par de metros, y en el fondo el remolino es un puntito que no tiene fuerza, acaba en cero. Todo lo que hay que hacer es apoyar un pie en el fondo y con el envión salir hacia el costado, y ya se está afuera de la atracción del giro.

Después nadar hasta la superficie, tomar resuello y otra vez adentro. Como un tobogán, pero más divertido. El remolino no existe en el fondo del río, todo el mundo lo sabe menos el tío Jacinto, claro. Y los que estaban ahí mirándolo ahogarse se lo decían; haga un envión cuando esté abajo, señor Jacinto, tenga en cuenta que el remolino lo llevará de abajo hacia arriba tres veces solamente. Se lo decían con palabras y también con señas por si era sordo, pero él nada.

En vez de hacer lo que le decían, él también hacía señas con los dedos, y nadie lo entendía por supuesto. Los otros le decían tres, tres dedos le mostraban para que lo mirase, y él también mostraba, cada vez que salía, tres dedos, siete dedos, nueve dedos. Tres veces, le decían los otros, pero él nada, haciendo su testamento, tres vacas, siete ovejas, nueve canarios, todo eso se lo dejo a mi querido hermano Emilio. Los bigotes y el sombrero chorreando. Tres veces te perdona el remolino. Pero él nada. Y claro, a la tercera vez el remolino se lo llevó al carajo. Entonces que se joda, decimos siempre con Titilo.

Qué hacés, imbécil, me grita Carozo cuando me dejo meter el gol, cuando no veo el sapo que pasa como un refucilo entre mis piernas, todo por acordarme del tío Jacinto. Menos mal que es gol anulado, porque un pedazo de la pelota entró en el arco pero hubo otro que pasó por fuera junto al poste. Ahora la pelota es esta, dice un negrito

que se corta solo para el otro arco, y cuando va a tirar sale Titilo, taponazo, se la quitan y a cambiar de sapo.

Titilo busca el empate como loco y como sabe que yo no sé atajar pelotas altas se remuerde en un tiro muy elevado que pasa por encima del travesaño; salto todo lo que puedo, viendo que el sapo va derecho a lo del tío Emilio, alcanzo a rozar la pelota con las uñas pero no hay caso, se me va, girando como un remolino con la panza para arriba allá lejos se estrella contra la jaula del Siete Colores de mi tío Emilio. Y enseguida la voz de tía Lila, tan buena, tan creída, la voz que dice por amor del Señor mis chiquilines, dejen tranquilo a ese sapito y vengan a rezar. Ella hablando de un sapo y nosotros ya hemos usado como veinte.

Penal, penal, gritaron varios. Del penal del empate me acuerdo muy bien. Discutían a ver quién lo pateaba. Era un sapo grande, gordísimo, que no se quedaba quieto frente al arco mientras discutíamos. Lo ponían en su sitio, sobre un montoncito de tierra, y él enseguida agarraba para el lado del arroyo. Al final lo pateó Titilo, como siempre. Volvieron a poner la pelota en su sitio. Titilo lo miró, tomó carrera y se remordió en un tiro a media altura que no pude atajar desgraciadamente, mientras oía el grito de tía Lila como yéndose del mundo, cayendo en remolinos, mientras veíamos que su vestido blanco cambiaba rápidamente de color, mientras oíamos su grito más bien suave, como si fueran señas de gritos, más bien lánguidos, como si en vez de gritar estuviese diciendo qué han hecho mis queridos, no se olviden que Dios y el tío Jacinto los están mirando desde el cielo.

Gol, golazo, gritan Titilo y sus negritos, que se abrazan con el Beto. Yo me retuerzo de bronca en el suelo, muerdo el pasto. Dejarme meter el gol y además mancharle el vestido a tía Lila. Ahora ella va a pensar que no la queremos. El vestido tan blanco, tan bordado, tan puntillas, entre las dos mariposas ha reventado al sapo, a la altura del canesú alforzado del vestido de tía Lila pavo real y escarapela.

Es molestísimo rezar cuando se suda a mares. Sudando es imposible concentrarse en el retrato del tío Jacinto, alumbrado con velas. Rezamos mirando de vez en cuando a tía Lila, que llora en enaguas lavando el vestido en una palangana. Nunca sabremos si llora por su vestido o por el tío Jacinto. Titilo reza mirando el retrato del difunto, pero los ojos le relumbran de alegría. Yo rezo tratando de disimular la bronca que tengo todavía. Un poquito más y lo atajaba, le agarraba una pata, qué sé yo, lo echaba al córner. Si me estiraba un poco ganábamos uno a cero.

El tío Emilio, que reza con nosotros como si contara melones o cabritos. La tía Lila, que al siguiente verano habíamos olvidado como al tío Jacinto porque después no volvimos a la sierra. La tía Lila creyendo

en tantas cosas buenas. La tía Lila que dicen que nunca pudo sacar del todo las manchas de sangre que hicimos en su vestido blanco. La tía Lila, sin saber que nosotros seguiríamos matando sapos. ■

### **DANIEL MOYANO**

Nació en 1930 en La Rioja, y fue uno de los grandes narradores argentinos que, forzados al exilio por la última dictadura, no pudo ser recuperado por nuestro país. Murió en Madrid, España, en 1993. Quizás porque estuvo preso durante varios años, sus cuentos y novelas trasuntan una desesperanza a veces disimulada en los pequeños acontecimientos de todos los días y rozan a veces el realismo mágico. Se pueden citar: *Artistas de variedades*, *El rescate*, *La Lombriz*, *Una luz muy lejana*, *El fuego interrumpido*, *El oscuro* (novela), *El trino del diablo* y *El vuelo del tigre*. El cuento que reproducimos puede leerse en *La otra realidad. Cuentistas de todos los rincones del país*. Selección y prólogo de Mempo Giardinelli. Ediciones Desde la Gente, Buenos Aires, 1994.



# El Negro Shono

Jorge Ponce

**D**e entre las brumas de mayo, o bajo el peso a plomo de las siestas de verano, aparecía el "Shono" Baginay tranqueando el arenal de la ancha calle. Su sombrero aludo y negro, al taparle el sol sumiéndole la cara entre las sombras, le destacaba los ojos y los dientes como una noche con tres fuegos. Y otra noche, pero poblada de estrellas, era su eterno cinturón chanchero tachonado de monedas y rosetas de bruñida plata.

¡Hombre extraño, el Negro Shono...! Con esa su motosa barba cubriendo una quijada fortachona capaz de la más infantil de las sonrisas con la que compraba hasta una suegra, o de la carcajada más sonora que desparramaba las siestas del Boliche *La Puertita*, y su cuerpo sólido, nervudo como añoso algarrobo pero de una vigorosa agilidad, hacían estériles todo cálculo aunque más no sea aproximado de la edad del Negro Celedonio y de sus ojos de brasas maliciosas. Algunos decían: "¡Ya es Viejón el hombre!". Otros, quizás más llevados por su aspecto aseguraban lo contrario, las lenguas más audaces hablaban de algún pacto... y hasta se murmuraba sobre presuntas caminatas por ignoradas quebradas en las noches en que la luna, de tan llena, se preña de misterios pariendo fábulas y cuentos de aquellos en los que nadie cree pero que tampoco se animan a probarlo. Pero lo cierto, si es que algo había de cierto en torno al Negro Shono, es que ni las viejas sabían cuándo, ni cómo, ni porqué llegó un día a aquerenciarse entre Cochangasta y La Quebrada.

Se había agenciado un rancho que a duras penas se paraba por sí solo, allá, casi en el cerro, en la cima de la loma bola, perdido entre cardonales y jarillas. En algún tiempo –ivaya a saber uno cuando!–, había cercado el patio con tunales, pencas y cardones, y en el cuadrado polvoriento no crecían ni los yuyos. Y no crecen, según dicen, por culpa de los largos bailes que allí se realizaban, bailes donde el vino brotaba de los cántaros, la música galopaba por los aires prolongando las horas en semanas, calentando urgencias en las mozas, desvelando la vigilancia de las viejas con el corazón en la boca. Había cavado un pozo de balde que por esos misterios de la naturaleza le proveía un agua fresca y cristalina, y Celedonio asentó la huella de sus botas como único dueño y señor de esos lugares. Desde lejos, el chato conjunto apenas sobresalía de la loma y el rancho era un ralo lomo de "saitillas". La gente, con el tiempo, había dejado de frecuentar esos lugares –sobre todo por las noches y las siestas del verano– pues, según decían, era la hora de las voces, los silbidos, de los ruidos, y hasta no faltaba quien había visto algún asusto, algún espanto, y eran casualmente aquellos sucedidos los que le habían granjeado sino el respeto, al menos un particular reconocimiento mezcla de miedo y de recelo hacia Shono, a tal punto que de ser posible, algunos le evitaban, y cuando no había alternativa para disimular otro camino, ceremoniaban el saludo, porque a pesar de que el Negro no era hombre bravucón ni pendenciero, el miedo andaba siempre colgadito de su sombra como perro de carrero y los niños lo sentían cuando Shono, borracho y tambaleante, aparecía calle abajo revoleando al sol en la botella, y sus risas y sus gritos eran una extraña mezcla de placer y de agonía. Entonces, los pequeños dejaban juegos y juguetes para buscar protección en las faldas de las madres y estas encerraban sus miedos en la tranquera de los rezos.

Pero no siempre eran risas los resabios de su vino, a veces, aunque pocas, se sentaba bajo el tala del sifón de los Fernández, con la acequia y la botella entre sus piernas, los hombros caídos, los ojos perdidos hacia dentro, vacíos, huecos, como el murmullo que salía de su boca.

Y era entonces cuando la gente, y ni siquiera sus compinches de vinos y de juergas, se animaban a acercarse a ese Shono que más parecía un muerto en vida repitiendo una incomprensible letanía. Era cuando el cuchicheo saltaba quinchas y cercados nancados en las lenguas activas de las viejas.

–¡Y ya me va faltando poco!... ¡No mi'ah de llevar así nomás, pó' mierda!... ¡Te' has de hamacar, carajo!... –gritaba entre ademanes Celedonio como alegando contra invisibles querellantes. Y repetía... y repetía, entremezclando a su alegato un nuevo trago hasta que de pronto, como impulsado, salía calle arriba en busca del boliche, o de algún baile donde obligaba a todo el mundo con vinos y ginebras

hasta que el alcohol lograba hacharle su fortaleza de árbol. En honor a la verdad, no todo era miedo y recelo en torno al Negro Shono, como asiduo concurrente a todo baile, fiesta, cumpleaños y quermeses que se hiciese en Cochangasta o La Quebrada, apenas se oreaba el barrio patio y ni bien lo blanqueaba la luz del *Sol de Noche*, ya aparecía Baginay listo para el baile. Y era cosa de verlo desplegar su gracia varonil en zambas, gatos, chamamés y valsecitos ingeniando su acoso en el piropo y la risa contagiosa para impaciencia de novios y de suegras.

En un mes de marzo, para el aniversario de casados de don Aurelio Quinteros, este quiso festejar como es debido, y como era viernes y las noches aún guardaban un poco del verano, dispuso:

–¡El baile y el asau es pa' la noche! –y mandó– ¡Las chinitas, a preparar el patio... y después, a la cocina! ¡Los changos a carniar, y a comprar el beberaje!

Y en un rato, todo estuvo dispuesto para que la fiesta sea "hasta que las velas no ardan"; apenas entrada la oración comenzaron a llegar los primeros invitados, que de paso daban una mano con las mesas, bancos y aprontes. Baginay, ciertamente, tenía toda la intención en ser de los primeros.

La menor de los Quinteros ya estaba en edad de merecer y andaba pispireta, para colmo, "¡Estaba linda la chancleta!", y el Negro, que para esas cosas no era ningún lerdo, ya le tenía medido el tiro. Así pensando, Shono colgó el espejo en el clavo que para tal fin tenía en el horcón del Este, y silbando una tonada comenzó a pasarse el peine por sus motas cuando se elevó la luna en el Naciente, una luna enorme y colorada que se reflejó en el costado izquierdo del espejo justo al lado de su cara. Un sudor frío le bajó por las espaldas; iesa era la señal!... ¡ésta la noche! Corrió al rancho y revolvió la petaca buscando el puñal con cruz de plata, pero el mango no quiso ser tomado, lo intentó de nuevo, pero la cruz quemaba entre sus dedos. Fue a la cocina, sacó de entre las varas de la quincha su machete, esperaría y pelearía, de pie, de frente al miedo hasta cortarle los nudos al destino... o morir en el intento. Los minutos se fueron alargando... pesados... como suelen ser los minutos cuando ronda el miedo, cuando no se sabe si son largos o son cortos, si son muchos o son pocos. El silbido se fue acercando como un galope sobre el monte, y como un potro, rayó sus cascos en el medio del patio levantando el polvo que se convirtió en risa.

–¡Negro Shono!... ¿Estás con miedo?... ¡Ya llega el Amo! –y la voz se hizo risa, y la risa polvo en remolino y sobre su pie de carcajadas se fue a bailar en un rincón del patio.

Un nuevo silbido, esta vez desde el Oeste desgajando el pencial del cerco, se escuchó un aleteo tras el rancho, y otro remolino fue a bailar

esta vez en la esquina del Poniente. Otro silbido, y las jarillas que daban hacia el Este se azotaron quejumbrosas contra el suelo a los pies de un huayra muyu que imprecaba nombrando a Celedonio. Gritos y quejidos, algún llanto, un tropel de risas, un murmullo de rezongos se apoderó del inicio de la noche y un frío de mortajas siseó entre las varas del techo, bajó por la pared, y fue penetrando sangre adentro de Shono justo por donde su espalda se apoyaba en el fondo de la pieza, pero él midió su decisión en la fuerza de su mano aferrando la empuñadura del machete que apuntaba hacia la puerta.

De pronto el silencio cayó en seco sobre el rancho, denso, como una telaraña pegajosa y envolvente, tan denso, que el Negro quiso ensartarlo con tres o cuatro puntadas del machete que sólo sirvieron para que el silencio se haga más silencio. En el fondo de la oscuridad que le ganó al ocaso comenzó a moverse otro silbido, esta vez, se modulaba cual serpiente cadenciosa... se acercaba... se perdía... reaparecía sobre el lomo de los montes... se acercaba, era una lenta procesión caminando las crenchas de los talas en dirección a la puerta de la casa, pisando hojarascas de noche en la espesura. Celedonio gritaba y maldecía mudo, tirando o esquivando algún mandoble.

Como olor y fognazo el silbido cayó ante la casa y cuatro huayramuyus embravecieron sus giros azotando arena y polvo por el seco patio. Cuando pasaban sobre el pozo, el agua borboteaba degollando la tierra y un espeso olor a sangre le pintaba la boca.

—¡Celedonio Baginay!... ¡Ya estoy aquí! —resonó el marco de la puerta —¡Te dije que no te resistieras, cumplí mi parte, ahora te toca a vos cumplir la tuya sin que fuera preciso que yo venga! ¡Con el primer remolino ya debió ser suficiente, sin embargo desafiaste... ¡y aquí estoy!... ¡Y muy caliente Negro'i mierda!

Afuera, las risas y las voces reclamaban a Shono por la deuda, en la oscuridad del rancho, el Negro se debatía a daga limpia haciendo saltar chispas que en fugaces destellos iluminaban la escena cuando su fierro chocaba contra nada, por la abertura de los ojos se asomaba el miedo cada vez que el machete hería el aire, o le respondía un ruido a cuero seco y en cada ruido era su cuerpo el que recibía nueva herida, pero con cada herida, también él entraba en furia alargando la pelea, subiéndole escalones a la noche, llevándola hasta la muerte del viernes.

Sobre el filo de las doce, casi cuando canta el gallo y nace el sábado, uno de los remolinos se afinó hasta hacerse un silbo agudo posándose en el horcón del medio, aguda víbora... resorte en acecho... y silbido sobre silbo ensartó al Negro Shono justo en el medio de la frente. Era casi medianoche, en los Quinteros el baile estaba en su apogeo

cuando se escuchó el grito. Era un grito como jamás habían oído, que hizo santiguarse a las mujeres y helar la sangre aún a los machados. Don Aurelio, con todo el disimulo como para no asustar más a sus invitados, colgó un rosario tras la puerta, por las dudas. En el cielo se desahacían los anillos de la luna, y para el lado de las lomas se veía el vislumbre de un incendio.

Los últimos tizones se apagaban a medida que se encendía la mañana. Sobre la loma bola, cenizas, y un humo sulfuroso indicaban el lugar donde había estado el rancho. En su centro, el cadáver de un viejo canoso y arrugado con un machete cimbrándole en la frente mostraba unos dientes perfectos e impecables por donde reía la muerte. ■

### **JORGE PONCE**

Nació en La Rioja en 1952, es un profesor multifacético, se dedica a la pintura, el grabado, la cerámica y la literatura. Ha participado en números exposiciones de artes plásticas en su provincia y en todo el país, como así también ha sido miembro de jurados. En su faceta literaria tiene editados *Del balcón de los sueños* (poemario 1995), *Runa Unancha Chinkasq`a o Mensaje del hombre ausente* (1999), *El Tinkunaco: ¿Encuentro o encontronazo?* entre muchas obras más. Ha sido galardonado con numerosas distinciones, entre ellas recibió el Primer Premio en Letras, medalla de oro y edición "Premio Federal 2000" de CFI, Ciudad de Buenos Aires.

# El llamado de la montaña

Miguel Bravo Tedín

**U**na mañana temprano comenzó a lanzar pequeños gritos.

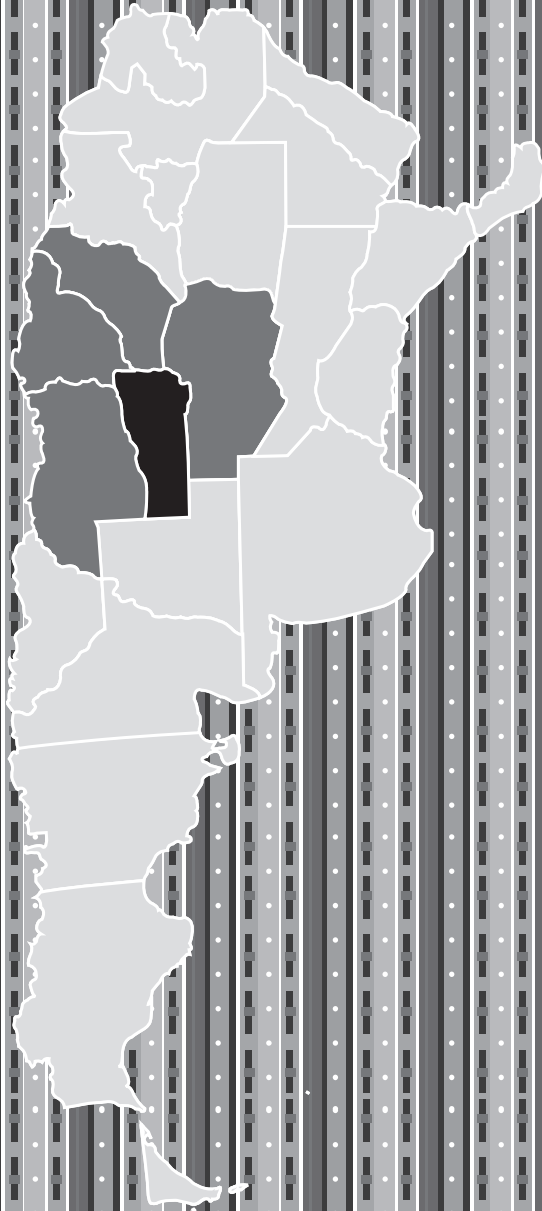
Los pájaros se asustaron, algunas vacas dejaron de rumiar, miraron hacia la montaña un poco sorprendidas y siguieron comiendo. La naturaleza retomó su ritmo. Y los animales siguieron comiendo y corriendo. Pero la montaña persistió en sus gritos. Al día siguiente unos gritos más fuertes sorprendieron a las vacas y animales. Y hasta un campesino se sorprendió un poco. Levantó la cabeza, se sacó el sombrero de paja y se rascó. Luego volvió a su tarea.

Lo más sorprendente no fue tanto que la montaña gritara sino que otras montañas siguieron el ejemplo y también, tímidamente al principio, como entonándose y dándose ánimo, lanzaron sus pequeños gritos. Y ya nadie, ni la vaca, campesino, ni animales, se preocuparon.

Al tiempo, el grupo de montañas, mucho más animado, no solamente gritó sino cantó. Actualmente es una gloria escuchar en los atardeceres cuando el sol se aleja lentamente, el hermoso coro de las montañas cantando alborozadas. ■

## **MIGUEL BRAVO TEDÍN**

Nació en 1940, es un historiador y escritor riojano que vivió muchos años en Córdoba. En esa ciudad fue cofundador de Hortensia, una ya mítica revista de humor que fue famosísima en todo el país en los años 70. Actualmente reside en su provincia. Es autor de Historias de La Rioja y de Cordobés culo al revés (Lerner, Córdoba, 1991) de donde se tomó este cuento.



**SAN LUIS**



# La araña

Berta Elena Vidal de Battini

**H**abía en la tarde serenidad. De vez en cuando interrumpía el silencio campesino el canto de alguna cigarra o el balar de la majada que volvía al redil.

En el patio, ahondado a fuerza de tanto raspar con la "pichana", las dos hilanderas pausadamente, con frases breves, a veces incompletas, y con frecuentes reticencias.

La una, joven y hermosa, inclinada sobre el telar doméstico, movía las manos regordetas en la tarea de cruzar los hilos y mover acompasadamente la pala tejedora. La otra, cincuentona, seca y arrugada, hilaba un blanquísimo vellón, haciendo bailar el uso con una maestría admirable, a medida que iba consumiendo su cigarro de chala.

La primera, echándose hacia atrás y suspirando, dijo:

–... ¡Y Cliofe quiere el pelero mañana!...

–Así es –contestó la vieja.

–Ucha, mama, si juera araña, yo, ¿no?

–No diga eso m'hija.

–Pa'ser ligera, decía.

–¡Peru es maldita!

–¿Quién dice?

–Mi finadita madrina contaba cuando yo era chica, y no sólo ella, mucha gente sabía el caso, fue princesa l'araña.

–¡Diande!

–Peru hace mucho... y tenía un palacio di oro.

–¿Y and'era eso?

–En otras tierras sería... Ponderan cómo era di orgullosa y mala con los pobres.

–Bah... todos los ricos son lo mismo.

–¡Ah, pero un había otra mujer de su laya! ¡Todos le tenían miedo! A los qu'iban a pedirle un favor les hacía sacar a palos. A los otros les hacía quemar el rancho y la chacra pa' sólo divertirse.

–¿Y nu había autoridá?

–¡Qué l'iban hacer, si era amiga de los reyes y príncipes más poderosos...!

–Muchos se querían casar con ella porqu'era muy linda.

–No conocían la leña ¿no?

–No, pa, si se hacía la güena, pero ansina la pagó...

–Una vez jue una viejita muy pobre a pedirle algún trapo de los qu'ella tiraba p'hacerse un rebozo porqu'el suyo estab'hecho hilacha, pero... ni acabó di hablar, cuando la mandó a botar a palos del palacio. Entonces, la viejita, l'echó una maldición muy grande.

–¿Y le alcanzó?

–¡Claro!

–Sería la Virgen...

–Así dicen. Por su maldición, toitas las riquezas de la mala se l'hicieron humo y ella se convirtió en araña, ese bicho tan fiero, peludo y ponzoñoso, y tuavía, pa pior castigo, tiene que tejer toda la vida como la más necesitau de los pobres.

–¿Su madrina lo vido?

–No, pero el agüelito di ella sí.

–Y agora ¿ya no pas'eso?

–Quién sabe nomás, asigún el pecáu, será, pero ya todos tienen más escarmiento.

La noche había llegado sigilosamente.

Las dos mujeres que ya no trabajaban, quedaron pensativas, la mirada fija en las sombras que envolvían el campo, absortas, quien sabe en qué hondos pensamientos sugeridos por la misteriosa evocación de la vieja. ■

### **BERTA ELENA VIDAL DE BATTINI**

Nació en San Luis en 1900 y murió en 1984. Dedicó toda su vida a recorrer la Argentina buscando características propias del habla y la narrativa oral de cada región, estudio que luego la llevó a la investigación de las tradiciones y leyendas populares. En 1966 publicó *El español en la Argentina* y posteriormente *Mitos sanluiseños*, libro al que pertenece el cuento que aquí se reproduce. Otros títulos importantes: *Tierra puntana*, *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*. En 1957 fue premiada por la Comisión Nacional de Cultura por un trabajo de investigación acerca del habla rural de San Luis.

# El encantamiento

Polo Godoy Rojo

**N**os quedamos inmóviles. El agua que bajaba del alto por los limpios senderos, nos cosquilleaba en los pies desnudos al arrastrar la arenilla. El arco iris que se levantaba desde el otro lado de las lomas, cruzaba todo el valle y el cielo hasta perderse en el confín.

Nos apretamos tiernamente las manos. En sus ojos, donde siempre amanecía el tiempo verde que traen las lluvias, parecía que de repente había caído la tarde, oscuramente.

Tras el rodar lejano del coche subiendo desde las barrancas del río, que era en partes de su carrera como un largo trueno subterráneo, todo quedó de nuevo en silencio.

Luego fue, sobre el finísimo destrenzarse de la lluvia, el grito llamándome desde las casas. No supe por qué, pero sentí como si el corazón me hubiera dado un golpe.

–Me voy –dije apurado.

–¿Volverás?

–Claro. Cuantas veces pueda.

Con la ropa y el flequillo mojados, corrí por el senderito arenoso que bajaba rápidamente, lleno de agua, aspirando la fragancia de los poleos, sin saber si reír o llorar. Allá me esperaba mi madre que venía a llevarme; aquí estaba diciendo adiós a mi país de ensueño.

Me detuve por un instante y al volver la cabeza, la vi donde por última vez nos desprendiéramos las manos, inmóvil, con su corto delantalcito blanco y las cimbas negras echadas a la espalda, siguiéndome con los ojos. Creí escuchar que me llamaba, pero no podía ser, porque era seguro que se había quedado sin voz, sin su voz tan clara. Continué la marcha ya sin poder mirarla otra vez.

Desde los álamos un pájaro cantaba deliciosamente y sus silbos cayeron como los hilos de la lluvia sobre mi corazón.

Divisé a lo lejos la casa de mi abuelita rodeada de algarrobos, achataada al lado del camino real y por primera vez la vi pequeñita. En el patio estaba el coche, como una caja grandota y negra. Tres caballos esperaban.

En ese coche habían llegado a buscarme. El coche que tanto había esperado, el que traía a mi madre, joven y hermosa, colmada de las mil cosas ricas con que siempre nos regalaba. Pero en ese momento sufría, me sentía como caminando al borde de algo que amenazaba peligro y deseaba que aún se hallara lejos, muy lejos aún ese tiempo. Tan siquiera un día más hubiera querido para despedirme de todo aquello que tenía encantado a mi corazón.

Aquella tarde, no bien cesó en parte la lluvia, habíamos salido con Mara por entre los senderos pedregosos que, arrancando desde la misma casa, subían y subían por entre los verdes y piedras de todos colores hasta perderse en el cielo.

Era el aire juguetón, el aire de siempre bailando en las pichanas y en las ramas tiernas, y el silencio dibujando todo a la perfección: el triángulo hecho a dedo en el displayadito, el chillido del conejo entre las ramas, el tronco seco con cara de gnomo que siempre parecía prometernos que ya vendría a compartir nuestros juegos. Allá, más arriba, las tres piedras lisas, inclinadas, las piedras refalosas por las que nos dejábamos caer llena la boca de risa y los ojos de emoción y, al fin, la casa, la gran casa El Encanto, como la llamábamos, que pertenecía a los más grandes y a la que tan sólo podíamos entrar con el permiso de ellos. Una cortina de árboles y enredaderas la rodeaba y en el medio estaban las grandes piedras cuadradas, inamovibles, que nos servían de mesa y sillas. El buen gusto de sus habitantes hacía lo demás, la limpieza perfecta, las flores, los adornos colgantes de frutas, plumas y huevos de aves, pedacitos de losa, vidrios de todos colores y caracoles.

¡Qué mundo distinto era ese, lejos de los mayores, en medio de la soledad y el silencio! Allí las voces parecían no pertenecernos y sobre nuestros pasos escuchábamos resonar otros que nunca terminaban de apagarse.

Y en cada piedra, en cada hueco, en cada árbol viejo, un rastro, una señal definida de que mucho antes alguien nos había precedido por

esos lugares, gente a la que no alcanzábamos a imaginar, pero a la que presentíamos.

Piedras perfectamente redondas con molduras, puntas minúsculas de flechas que encontrábamos entre los alpatacos o pencales, donde las hormigas habían aflojado la tierra, y otras de formas y colores rarísimos. Después de la alegría primera por el hallazgo, sobrevinía la inquietud, el pensamiento fijo de que allí estaba el umbral de un misterio al que era inútil que intentáramos transponer.

Seguimos aquella tarde con Mara el sendero que, subiendo y bajando, nos llevaría a otro lugar donde siempre parecía estar amaneciendo el día. Corriendo por entre las piedras y las matas espinosas, caímos de pronto a un lugar totalmente despejado; abajo se divisaba la cañadita que tenía en el medio un gran chañar que, para mí, siempre estaba florecido y en el cual vivían unas calandrias que no cesaban nunca de cantar. Atrás, más arriba, corría el arroyo entre juncos, totoras y fantásticos peñascos oscuros, entre los que, de vez en vez, se abrían cuevas que nos impresionaban. Los pumas y los viejos de la bolsa dejaban siempre algún rastro perdido en la arenisca, que nos cortaban el aliento la vez que, enfrentando a un desafío, nos animábamos a arriesgarnos hasta sus proximidades.

Faldeo abajo, el sendero se abría en abanico y divisábamos en las mañanas, calentándose al sol, el rancho de la Patricia o el de doña Genara; después, el camino real y, otra vez, más allá de la acequia rumorosa, nuevamente el alto, las lomas pedregosas llenas de alpatacos, tomillos y misterios que nos atraían de día y espantaban de noche.

Todo era gozo para el corazón, un juego maravilloso la vida, con un cielo poblado de pájaros amigos, un burrito manso que nos llevaba sin sobresaltos, unos hombres y mujeres tan simples y buenos que nos llamaban m'hijitos. y a los que nosotros saludábamos quitándonos el sombrero.

—¿Volvemos ya?

—No, no —me respondió Mara—. Bajemos por lo de tío Juan de Dios. Allí tengo una cosa para darte.

Cuando llegamos, las cabras se desparramaban por las verdes estribaciones del arroyo y hacia el valle, señalando el rumbo de la acequia, los sauces coposos, desbordados por el verde claro, eran una gloria.

—Por aquí estaba —dijo Mara observando cuidadosamente donde pisaban sus pies desnudos al apartarse de la senda. La seguí con curiosidad.

—¡Aquí! Aquí está! —gritó emocionada.

Allí estaba la blanca flor del hachón y sin perder un segundo, sus dedos la arrancaron con habilidad de entre las espinas y la dejaron en mi mano.

–¿Te gusta?

–Mucho... –la fragancia de la lluvia me llenó el pecho. El día, la vida que me llegaba a raudales, así como esos caminitos que corrían llenos con el agua clarísima, estaba llegando a mi alma como un canto, con una fuerza vital que me hacía sentir flor, río, un pedazo mismo del cielo para siempre.

–¿No me dices nada?

Era cierto. Me había quedado mudo. Entré la mano al bolsillo del pantalón y saqué mi bolita de cristal, la carochita de la que nunca me separaba, que era mi confidente, la que sabía de todos mis sueños, con la que me dormía en la mano apretándola bajo la almohada, contándole mis secretos.

–Ahora casi te perdí; pero no te voy a jugar más –no, jamás hubiera soportado desprenderme de ella.

Allí la tenía en la mano; dudé todavía; hasta que por fin, la miré por última vez. Sus delicadas rayas azules contorneando su transparencia de agua, estaban casi borradas por los tincazos recibidos.

–Toma –se la alargué.

–¿Me la das?

–Sí, sí –se le encendieron las mejillas.

Entonces escuchamos el llamado. Y de inmediato eché a correr. De nuevo, todo lo que había sido mío empezó a quedar atrás: el hornito, en una rama seca, con sus dueños que alborotaban gozosos celebrando la lluvia, el árbol con la rama horizontal baja, en la que solíamos hacer una y mil pruebas, la playita de nuestros juegos, todo, todo.

Desde la punta primaveral de un gajo, me despedía con todos sus colores y bullanguería un viejo conocido.

–¡Adiós, querido pitojuán! –le grité sin poder ocultar mi pena.

Y otras voces seguían acompañándome y retazos de paisajes, de días y de noches, en tanto avanzaba sobre el hilo de agua, pasaban increíblemente veloces por mi corazón. Oía voces suaves, desgana-  
das, sufridas, amando, rezando, bendiciendo, disimulando humildemente pesares y dolores, me alcanzaba el rostro de don Tristán con su barbita blanca, una noche serena, los cascos de su mula golpeando en el patio de tosca, y luego, palabras dichas en voz baja, como rezos, que se perdían en el misterio de una noche larguísima; más allá, en

otra noche sin gallos, la luna de verano llenando el patio y pintando la sombra de los Algarrobos grandes y después, una guitarra suave, dulcísima, perdiendo maravillosas armonías que inútilmente he intentado recomponer.

Me seguían. Guadañín, orillando la tarde como siempre y dejando su canto raro, ininteligible; mi abuelita después, su rostro pulido, sus ojos bondadosos, su paciencia larga, su guapeza y sus cuentos a la hora de dormir. Y como si la viera en un espejo, allí, tendida junto a la acequia, la huerta de tía Delfina, un pequeño paraíso terrenal, un panal de fragancia donde maduraban todas las frutas, verde y rumoroso país de los pájaros a los que perseguía con el cristalino sonar de aquel cencerro.

Allí terminaba el sendero, lleno de agua fresca, en la que aún gozaban mis pies. Era el fin de una lluvia distinta, de una tarde como no volvería a haber otra, de unos aromas a lluvia, duraznos e hinojo, que allí quedarían en el tiempo.

Y la voz de Mara, presente, viva, alcanzándome todavía:

—¿Volverás?

—Cuantas veces pueda.

Tantas, como ahora en que el arco iris aquel me llena el corazón y su prisma de colores ilumina todas las cosas que en él están y tan encantadas como entonces. ■

## **POLO GODOY ROJO**

Nació en Santa Rosa, San Luis, en 1914, y murió en Córdoba en 2003. Fue maestro en su provincia natal y en Córdoba. Poeta y narrador, recibió varios premios por su obra literaria. Colaboró como periodista en *La Prensa*, *El Hogar*, *Mundo Argentino* y *Estampa*. Entre sus obras pueden citarse: *Poemitas del alba*, *De las tierras puntanas*, *El malón*, *El clamor de la tierra*, *Campo Guacho*, *Nombrar la tierra*, *Cuentos del Conlara* y *Pisco-Yacu* (edición del autor, 1989). El cuento "El encantamiento" fue tomado del libro *Nombrar la tierra*, escrito en el año 1970 por Godoy Rojo, gracias al aporte que les proveía a los autores del Interior la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Córdoba.

[Fuente: Biblioteca Pública Juan C. Lafinur. También puede consultar: Godoy Rojo, Polo - *Nombrar La Tierra* (Complementa)]



# La muerte dura un ratito

David Aracena

**E**l campo era bueno, pero el agua escasa. Ese año, Topalda marcó nuevos jaueles. Los dibujó primero en su memoria, y después en las manos, sobre la pala, mientras escarbaba el duro suelo de la península, esta porción de tierra que habían transitado sus antepasados, entre los jarillales, los olivillos blancuzcos, las mareas altas.

Sobre los cien metros encontró agua. Y buena. Lo usual es encontrar agua salada, en las inmediaciones de la costa.

Estuvo primero probando la muestra con los ojos, a la orilla del pozo, poniendo un dedo, entrando a la sed. Fue sobre el mediodía caliente. Amontonó en la memoria largas filas de ovejas, las orejas gachas, unas contra otras, sedientas.

Era el quinto pozo que hacía construir.

—¿Mucha agua, José?

—Sí.

—¿No hay nadie abajo?

—No.

Y tomó con cuidado una piedra grande y la dejó caer. Desde abajo le llegó el ruido del agua golpeada. El pozo estaba bien calzado, sin duda. Era gente ducha en esos menesteres. Bajaría él, con la hamaca, hasta el fondo. Sobre la boca, los travesaños cruzados. El cable de

acero era soltado por un aparejo.

Antes de bajar, Topalda, ayudado por un espejo, miro el fondo brillante del pozo. Rechinaba el cable, tirante, mientras traía a Topalda de nuevo hacia arriba.

–Faltan ochenta metros –dijo alguien.

Desde abajo ascendía la voz de Topalda en sordina. De pronto, el terreno de ripio que circundaba la boca del pozo comenzó a formar una pequeña abertura que dejaba escapar un hilo de tierra y piedras.

El calce de chapas se abrió y se formó un embudo, al ceder la formación superior.

Las paredes comenzaron a caer y golpeaban en la parte angosta de las chapas ahuecadas.

Se alcanzó a escuchar la voz tranquila de Topalda, que decía:

–Bajen un hierro para hacer palanca.

Después llegó el ruido acompasado de los golpes que daba Topalda, sobre la chapa, para abrirse paso. El aparejo lo traía metro a metro, hasta que cedió parte del terreno interior. El ruido de la tierra apagó, en el mediodía el grito de Topalda sobre las chapas.

Al día siguiente, iban el comisario, el juez y un hombre que manejaba, a cumplir en Puerto Madryn, las formalidades de rutina por la muerte de Topalda. El camino recto brillaba al sol. Los cerros a ambos lados dejaban escapar el humo azulado. El aire transparente se pegaba a los vidrios.

–Si lloviera –dijo el juez. Y un halo caliente le golpeó el rostro como una fusta o una ofensa.

El hombre moreno que conducía el auto detuvo la marcha.

Frente al auto, comenzó a correr un avestruz. Golpeaban sus patas el suelo pardo. En un ángulo de treinta grados, los alones giraban de derecha a izquierda, como un péndulo. El que manejaba tomó un fusil y apuntó. Sonó el disparo dentro del aire caliente.

El tiro dio de lleno en la parte posterior del animal y lo tumbó de arriba abajo. El avestruz siguió corriendo siempre por el camino. El mismo vaivén, el mismo tac tac de las patas. Las vísceras fueron abriendo un surco en el camino polvoriento. El auto lo siguió, detrás.

El animal no disminuyó la marcha. De pronto, el avestruz levantó la cabeza, miró hacia el costado y torció el rumbo. Una mata baja enganchó las entrañas, y lo sujetó un poco en su carrera, pero el animal siguió corriendo, vacío. Unos metros más allá, cayó definitivamente.

El hombre que manejaba imprimió más velocidad.

El que iba en el medio pidió:

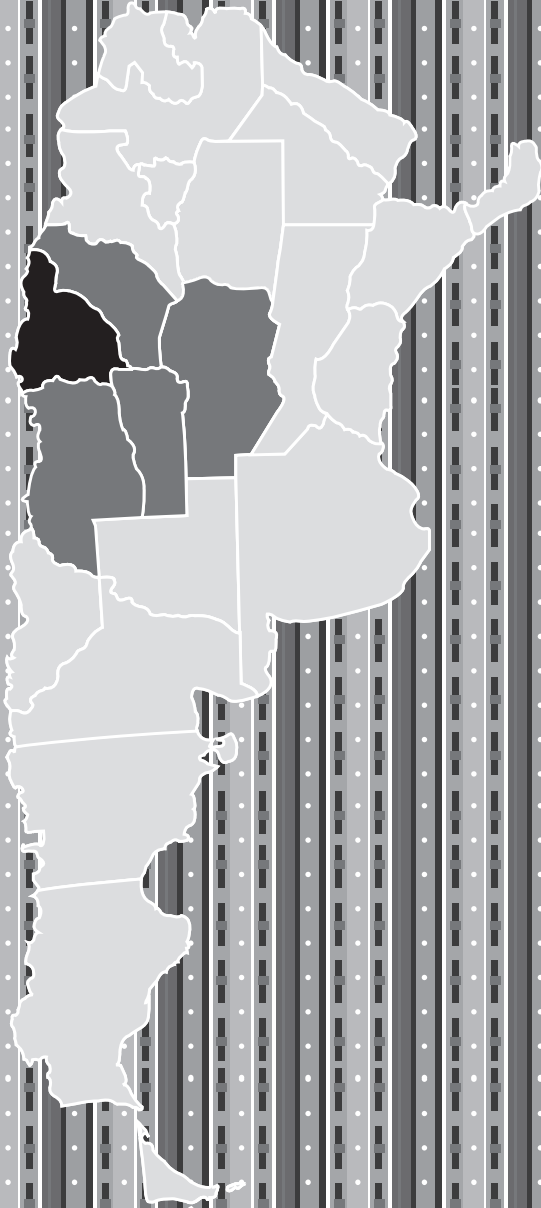
–Un poco más despacio, por favor.

El otro sonrió y habló:

–¿Tiene miedo de morir? La muerte dura un ratito. ■

### **DAVID ARACENA**

Nació en San Luis, en 1914, vivió en Chubut toda su vida, y falleció en Comodoro Rivadavia en febrero de 1987. Fue autor de numerosos cuentos, publicados en revistas porteñas y del interior. También recibió diversos premios. *La muerte dura un ratito* fue tomado de la revista *Puro Cuento* N° 15, marzo/abril 1989. Es reconocido como uno de los más destacados escritores patagónicos.



**SAN JUAN**

# Infinito

José Eduardo González

**L**uego de cenar, la jurado del concurso literario regresó a su habitación, cerró la puerta con llave y se instaló tras su escritorio, donde se encontraban los cuentos que debía leer. Iluminándose con una lámpara de pie flexible, comenzó con la lectura del relato ubicado encima de la pila, titulado INFINITO y que decía así:

Luego de cenar, la jurado del concurso literario regresó a su habitación, cerró la puerta con llave y se instaló tras su escritorio, donde se encontraban los cuentos que debía leer. Iluminándose con una lámpara de pie flexible, comenzó con la lectura del relato ubicado encima de la pila, titulado INFINITO.

Inmediatamente se sintió atrapada por esa historia inquietante, que parecía querer escapar de los límites impuestos por la ficción. Una sensación extraña y difícil de definir fue invadiéndola conforme avanzaba en la lectura del texto.

Al día siguiente, cuando los familiares de la jurado forzaron la puerta y entraron en su habitación, no encontraron rastros de ella. Sobre su escritorio, la lámpara de pie flexible iluminaba una hoja de papel, en la que, bajo el título de INFINITO, podía leerse:

Luego de cenar, la jurado del concurso literario... ■

## **JOSÉ EDUARDO GONZÁLEZ**

Nació en San Juan en 1948. Docente universitario, Ingeniero Químico y escritor, ha incursionado también en la dramaturgia. Ha recibido numerosos premios, entre ellos, por el cuento que se reproduce, el 10° Premio del Décimo Tercer Concurso de Cuento Breve organizado por la revista *Puro Cuento*; este relato se publicó en la edición N° 33, marzo/abril, 1992.

# Una mano fantasma

Juan Pablo Echagüe

**S**olo las pisadas de las mulas sobre la áspera huella turbaban la calma de la noche en el vasto campo adormecido. Iba adelante el preso, ligadas las piernas de estribo a estribo bajo el vientre de la bestia, y custodiándolo detrás, con la carabina a la espalda y ancho sable al costado, el sargento Pérez. Ambos mudos y reconcentrados, pero atentos a observarse mutuamente de reojo, mientras las mulas marchaban por la senda que se estiraba inacabable al frente, retorciéndose como una culebra en fuga hacia la sombra.

Pérez meditaba. El preso, un criminal peligroso al cual cambiaban de cárcel, lo inquietaba. Era extraño, en verdad, el terco silencio en que se obstinaba desde que dejaran el pueblo. ¿Iría a intentar fugarse? ¡Bah! Con ello no conseguiría sino facilitarle a él su asunto, que por lo demás érale bien sencillo y conocido. Este que ahora llevaba, debía ser más o menos el quinto. Cuando don Javier, el subdelegado del Departamento, le ordenaba conducir a la capital a un pobre diablo de aquellos y agregaba privadamente: “En el camino hágalo disparar”, ya él sabía lo demás. A lo largo de esta misma huella, las mulas marchaban... marchaban como ahora. Y luego allá, del otro lado del río, entre los enmarañados cañaverales de la orilla, bruscamente, sin darle tiempo a encomendarse al demonio, ¡pum! un balazo y le partía el alma. Después regresaba al pueblo llevando de tiro la mula del finao. Y cuadrado respetuosamente ante don Javier, con la mano en la visera del quepis y la expresión seria y altiva del hombre que acaba de cumplir un severo deber, dábale el parte:

—Señor, el preso se me quiso disparar, y tuve que tirarle...

¡Vamos! Habría que terminar pronto con este. Le preocupaba de veras el torvo gesto de aquella cara impasible y huraña.

Desgranaba la helada sus copos sutiles; a la luz de las estrellas temblorosas entreveíase la llanura tapizada de blanquecina alfombra. Y callados, sombríos, los dos hombres cruzaban la travesía desfilando lentamente en el sendero.

Encauzadas aquí entre altas barrancas, divididas allá en brazos caudalosos de hondo lecho, rodaban por el declive de la planicie en impetuosa correntada las aguas del turbulento río. A condición de no perder el vado, su paso a caballo era posible bien que peligroso, y aunque se recordaba a más de uno arrebatado por las ondas, los jinetes preferían aquel riesgo de cincuenta metros al largo rodeo que podía evitarlo.

Paso a paso, tanteando sigilosamente el fondo escabroso y escurridizo, las mulas que conducían a Pérez y a su preso internábanse en el agua. Se habían puesto a la par, y sumergidas hasta el encuentro, pausadas, recelosas, oblicuando el camino para mejor resistir a la corriente, llegaron al punto más profundo. Abandonados los estribos, con las piernas recogidas hacia la grupa del animal, para no mojarse, avanzaba el sargento. El preso, cuyas ligaduras le impedían imitarlo, iba a su lado, con las suyas sumergidas en el agua, aguantando mudo el tormento de aquel baño helado en sus miembros entorpecidos.

Luchaban las mulas por salvar el sitio de más riesgo. Rozando casi a su prisionero, mantenido en la silla en la posición insegura en que lo dejaban sus piernas dobladas, el sargento concentraba su atención a guiar con mano firme. Rápido como la traición, el preso se volvió hacia él y de un violento empujón lo precipitó en el río. Se oyó un grito de angustia; el agua estalló en salpicaduras, y el preso, apremiando a su mula y abandonando a su víctima, se apresuró hacia la orilla.

Al caer, Pérez, que había retenido entre sus manos las riendas, se asió a ellas con suprema angustia. La corriente le apresó el cuerpo y reconcentró sobre él sus ímpetus; pero el sargento, un instante hundiéndose, sacó la cabeza del agua y colgado desesperadamente de las riendas resistió al empuje. Redoblaban las ondas su embestida. Iban una tras otra a estrellarse contra la cara de la víctima, cegándola, asfixiándola, detonando en su oído. Se hubiera dicho que, encolerizadas ante la insólita resistencia de la presa a medio tragar y conscientes de su creciente desfallecimiento, apresurábanse a ultimarla multiplicando contra ella los golpes de su masa líquida...

Entretanto la mula, sin jinete, combatida de un lado por la correntada y del otro por los tirones del sargento, habíase detenido en mitad



del río. Cubierta casi por el agua que le llegaba al pescuezo, levantaba la cabeza despavorida y enérgica a la vez, esforzándose por no perder terreno. La pobre bestia comprendía el peligro: sus turbios ojazos se fijaban espantados en aquel cuerpo convulsivo pendiente de las riendas, que parecía obstinarse en arrastrarla al sacrificio. Un momento luchó así, clavada en el sitio. De sus narices se escapaban bufidos que parecían quejas; sus orejas enderezadas revelaban la contracción de sus miembros todos distendidos en suprema resistencia... Fue inútil. El turbión le asestaba con sus ondas golpes de catapulta; la tracción de las riendas se hacía más y más violenta.

Le flaquearon las fuerzas y empezó a ceder arañando con las pezuñas las piedras del fondo, cabeceando, temblando, quejándose...

Vencida, por fin, cayó.

Entonces el torbellino envolvió los dos cuerpos –mula y hombre–, los derribó, los devoró y se los llevó dando tumbos sobre los riscos del fondo, en su rugiente fuga a través del campo ensombrecido, hasta que desaparecieron entre remolinos.

El preso había llegado a la orilla opuesta, y, tétrico como un fantasma, se perdió entre los cañaverales.

A partir de aquel suceso los pasajeros de la travesía evitan vadear por allí el río. Pues acaece que a mitad del pasaje surge de las ondas una mano macilenta y crispada que se ase a las riendas de las cabalgaduras y las arrastra irresistiblemente hasta tumbarlas en la torrentera. ■

## **JUAN PABLO ECHAGÜE**

Nació en San Juan en 1877. Fue periodista (con el seudónimo Jean Paul) y también profesor de enseñanza secundaria y del Conservatorio de Buenos Aires, donde desempeñó la cátedra de Historia del Teatro. Presidió la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares y estuvo en misión diplomática en Europa. En 1938 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. De su vasta obra pueden citarse: *Puntos de vista*; *Prosa de combate*; *Una época del teatro argentino*; *Letras francesas*; *Paisajes y figuras de San Juan*; *Por donde corre el Zonda*; *Hombres y episodios de nuestras guerras*; *Tres estampas de mi tierra*; *Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos*; *San Juan, leyenda, intimidad, tragedia*; *Tierra de huarpes*; *Hechizo en la montaña*; *Mi tierra y mi casa* y su obra póstuma, una novela titulada *La tierra del hambre*, editada el año de su muerte, 1950, en Buenos Aires.

# La mazamorra

Antonio Esteban Agüero

La mazamorra, ¿sabes?, es el pan de los pobres,  
la leche de las madres con los senos vacíos,  
—yo le beso las manos al Inca Viracocha  
porque inventó el maíz y enseñó su cultivo.

Sobre una artesa viene para unir la familia,  
saludada por viejos, festejada por niños,  
allá donde las cabras remontan el silencio  
y el hambre es una nube con las alas de trigo.

Todo es hermoso en ella: la mazorca madura,  
que desgranar en noches de viento campesino,  
el mortero y la moza con trenzas sobre el hombro  
que entre los granos mezcla rubores y suspiros.

Si la quieres perfecta busca un cuenco de barro,  
y espésala con leves ademanes prolijos

del mecedor cortado de ramas de la higuera  
que en el patio da sombra, benteveos, e higos.

Y agrégale una pizca de ceniza de jume,  
la planta que resume los desiertos salinos,  
y deja que la llama le transmita su fuerza  
hasta que asuma un tinte levemente ambarino.

Cuando la comes sientes que el Pueblo te acompaña  
a lo largo de valles, por recodos de ríos,  
entre las grandes rocas, debajo de cardones  
que arañan con espinas el cristal del estío.

El Pueblo te acompaña cada vez que la comes,  
llega a tu lado, ¿sabes?, se te pone al oído  
y te susurra voces que suben a tu sangre  
para romper la niebla del mortal egoísmo.

Porque eres uno y todos, comiendo el alimento  
de todos, en la fiesta del almuerzo tranquilo;  
la mazamorra dulce que es el pan de los pobres,  
y leche de las madres con los senos vacíos.

Cuando la comes sientes que la tierra es tu madre,  
más que la anciana triste que espera en el camino  
tu regreso del campo, la madre de tu madre,  
—su cara es una piedra trabajada por siglos.

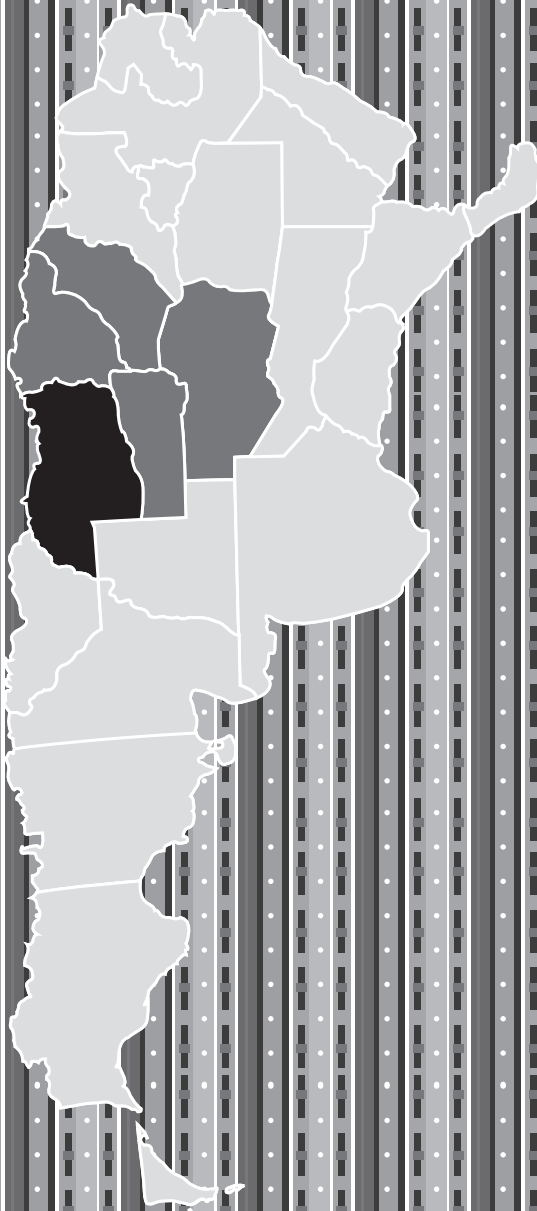
Las ciudades ignoran su gusto americano,  
y muchos ya no saben su sabor argentino,

pero ella será siempre lo que fue por el Inca:  
nodriza de los pueblos en el páramo andino.

La noche en que fusilen canciones y poetas  
por haber traicionado, por haber corrompido  
la música y el polen, los pájaros y el fuego,  
quizá a mí me salven estos versos que digo. ■

### **ANTONIO ESTEBAN AGÜERO**

El autor de este bellissimo poema, al que se le ha puesto música, puede ser considerado El poeta de San Luis. Allí nació, en Piedra Blanca, en 1917. Y murió en 1970. Fue maestro y periodista; desempeñó cargos públicos, recibió distinciones y homenajes. "La mazamorra" pertenece al libro *Un hombre dice su pequeño país*, de 1972. Otra obra suya: *Cantatas del árbol* (1953). *Escuchar algunos de estos poemas* grabados por el propio Agüero es una experiencia inolvidable.



**MENDOZA**

# Amigos por el viento

Liliana Bodoc

**A** veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo peligra; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

Cuando la vida se comporta de ese modo, se nos ensucian los ojos con los que vemos. Es decir, los verdaderos ojos. A nuestro lado, pasan papeles escritos con una letra que creemos reconocer. El cielo se mueve más rápido que las horas. Y lo peor es que nadie sabe si, alguna vez, regresará la calma.

Así ocurrió el día que papá se fue de casa. La vida se nos transformó en viento casi sin dar aviso. Recuerdo la puerta que se cerró detrás de su sombra y sus valijas. También puedo recordar la ropa reseca sacudiéndose al sol mientras mamá cerraba las ventanas para que, adentro y adentro, algo quedara en su sitio.

–Le dije a Ricardo que viniera con su hijo. ¿Qué te parece?

–Me parece bien –mentí.

Mamá dejó de pulir la bandeja, y me miró:

–No me lo estás diciendo muy convencida...

–Yo no tengo que estar convencida.

–¿Y eso qué significa? –preguntó la mujer que más preguntas me hizo a lo largo de mi vida.

Me vi obligada a levantar los ojos del libro:

–Significa que es tu cumpleaños, y no el mío –respondí.

La gata salió de su canasto, y fue a enredarse entre las piernas de mamá.

Que mamá tuviera novio era casi insoportable. Pero que ese novio tuviera un hijo era una verdadera amenaza. Otra vez, un peligro rondaba mi vida. Otra vez había viento en el horizonte.

–Se van a entender bien –dijo mamá–. Juanjo tiene tu edad.

La gata, único ser que entendía mi desolación, saltó sobre mis rodillas. Gracias, gatita buena.

Habían pasado varios años desde aquel viento que se llevó a papá. En casa ya estaban reparados los daños. Los huecos de la biblioteca fueron ocupados con nuevos libros. Y hacía mucho que yo no encontraba gotas de llanto escondidas en los jarrones, disimuladas como estalactitas en el congelador. Disfrazadas de pedacitos de cristal. "Se me acaba de romper una copa", inventaba mamá que, con tal de ocultarme su tristeza, era capaz de esas y otras asombrosas hechicerías.

Ya no había huellas de viento ni de llantos. Y justo cuando empezábamos a reírnos con ganas y a pasear juntas en bicicleta, aparecía un tal Ricardo y todo volvía a peligrar.

Mamá sacó las cocadas del horno. Antes del viento, ella las hacía cada domingo. Después pareció tomarle rencor a la receta, porque se molestaba con la sola mención del asunto. Ahora, el tal Ricardo y su Juanjo habían conseguido que volviera a hacerlas. Algo que yo no pude conseguir.

–Me voy a arreglar un poco –dijo mamá, mirándose las manos–. Lo único que falta es que lleguen y me encuentren hecha un desastre.

–¿Qué te vas a poner? –le pregunté, en un supremo esfuerzo de amor.

–El vestido azul.

Mamá salió de la cocina, la gata regresó a su canasto. Y yo me quedé sola para imaginar lo que me esperaba.

Seguramente, ese horrible Juanjo iba a devorar las cocadas. Y los pedacitos de merengue se quedarían pegados en los costados de su boca. También era seguro que iba a dejar sucio el jabón cuando se lavara las manos. Iba a hablar de su perro con el único propósito de desmerecer a mi gata.

Pude verlo transitando por mi casa con los cordones de las zapatillas desatados, tratando de anticipar la manera de quedarse con mi dormitorio. Pero, más que ninguna otra cosa, me aterró la certeza de que sería uno de esos chicos que, en vez de hablar, hacen ruidos: frenadas de autos, golpes en el estómago, sirenas de bomberos, ametralladoras y explosiones.

–¡Mamá! –grité, pegada a la puerta del baño.

–¿Qué pasa? –me respondió desde la ducha.

–¿Cómo se llaman esas palabras que parecen ruidos?

El agua caía apenas tibia, mamá intentaba comprender mi pregunta, la gata dormía y yo esperaba.

–¿Palabras que parecen ruidos? –repetió.

–Sí –y aclaré–: Pum, Plaf, Ugg...

¡Ring!

–Por favor –dijo mamá–, están llamando.

No tuve más remedio que abrir la puerta.

–¡Hola! –dijeron las rosas que traía Ricardo.

–¡Hola! –dijo Ricardo, asomado detrás de las rosas.

Yo miré a su hijo sin piedad. Como lo había imaginado, traía puesta una remera ridícula y un pantalón que le quedaba corto.

Enseguida, apareció mamá. Estaba tan linda como si no se hubiese arreglado. Así le pasaba a ella. Y el azul le quedaba muy bien a sus cejas espesas.

–Podrían ir a escuchar música a tu habitación –sugirió la mujer que cumplía años, desesperada por la falta de aire.

Y es que yo me lo había tragado todo para matar por asfixia a los invitados.

Cumplí sin quejarme. El horrible chico me siguió en silencio. Me senté en una cama. Él se sentó en la otra. Sin duda, ya estaría decidiendo que el dormitorio pronto sería de su propiedad. Y que yo dormiría en el canasto, junto a la gata.

No puse música porque no tenía nada que festejar. Aquel era un día triste para mí. No me pareció justo, y decidí que también él debía sufrir. Entonces, busqué una espina y la puse entre signos de preguntas:

–¿Cuánto hace que se murió tu mamá?

Juanjo abrió grandes los ojos para disimular algo.



–Cuatro años –contestó.

Pero mi rabia no se conformó con eso:

–¿Y cómo fue? –volví a preguntar.

Esta vez, entrecerró los ojos.

Yo esperaba oír cualquier respuesta, menos la que llegó desde su voz cortada.

–Fue..., fue como un viento –dijo.

Agaché la cabeza, y dejé salir el aire que tenía guardado. Juanjo estaba hablando del viento, ¿sería el mismo que pasó por mi vida?

–¿Es un viento que llega de repente y se mete en todos lados? –pregunté.

–Sí, es ese.

–¿Y también susurra...?

–Mi viento susurraba –dijo Juanjo–. Pero no entendí lo que decía.

–Yo tampoco entendí.

Los dos vientos se mezclaron en mi cabeza.

Pasó un silencio.

–Un viento tan fuerte que movió los edificios –dijo él–. Y eso que los edificios tienen raíces...

Pasó una respiración.

–A mí se me ensuciaron los ojos –dije.

Pasaron dos.

–A mí también.

–¿Tu papá cerró las ventanas? –pregunté.

–Sí.

–Mi mamá también.

–¿Por qué lo habrán hecho? –Juanjo parecía asustado.

–Debe haber sido para que algo quedara en su sitio.

A veces, la vida se comporta como el viento: desordena y arrasa. Algo susurra, pero no se le entiende. A su paso todo pelagra; hasta aquello que tiene raíces. Los edificios, por ejemplo. O las costumbres cotidianas.

–Si querés vamos a comer cocadas –le dije.

Porque Juanjo y yo teníamos un viento en común. Y quizás ya era tiempo de abrir las ventanas. ■

### **LILIANA BODOC**

Nació en 1958 en la ciudad de Santa Fe, pero vive desde su infancia en Mendoza. Recibió, entre otros, el premio Fundación El Libro a la mejor obra de literatura juvenil del año 2000; distinción White Ravens 2002, otorgada por el IBBY Internacional; Diploma al Mérito Fundación Konex, 2004.

Entre sus obras figuran: *Sucedió en colores*, *La mejor luna*, *Memorias impuras*, *El mapa imposible*.

# Volamos

Antonio Di Benedetto

**C**omo puesta ante un apacible e inofensivo misterio, que puede serlo, con ganas de hablar, que a mí me faltan, me cuenta de su gato. –Es, sí. Claro que es; pero... Ante todo, como es huérfano, recogido por compasión, se ignora su ascendencia. Es gato y le agrada el agua. De las acequias no prefiere los albañales, sino la corriente barrosa. Se lanza acezante, pisa fuerte y salpica: hunde las fauces y hace que toma, pero no toma, porque es de puro goloso que lo hace. Puede pensarse que no es un gato, que es un perro. También por su actitud indiferente en presencia de los demás gatos. Pero es que asimismo se limita a observar desde lejos a los perros y ni siquiera se enardece frente a una pelea callejera. Como al emitir la voz desafina espantosamente y además es ronco, no puede saberse si maúlla o ladra. –Hago como que me asombro. Pero no abro la boca, porque de preguntar o comentar me preguntaría por qué pienso así y tendría que explicar y complicarme en un diálogo. Empero ya no me habla: se habla. Revisa lo que sabe y quiere saber más. –Es gato y le gusta el agua. Eso no autoriza a concluir que sea un perro. Ni siquiera está la cuestión en que sea perro o gato, porque ni uno ni otro vuelan, y este animalito vuela; desde hace unos días se ha puesto a volar. –Yo espero que me pregunte si creo que se trata de una brujería. Pero no; al parecer, no cree en eso. Yo tampoco; aunque lo pensé. Mejor dicho, pensé que ella lo pensaba. Pero no. –¿No te maravillas? –Sí; seguramente. Me maravillo. Cómo no. Me maravillo. –Podría maravillarme, cómo no. Pero no. Puedo maravillarme porque el gato-perro vuela. Pero es que no

sólo hablo. Estoy pensando. Pienso que ella supone que he de maravillarme porque lo que creyó era gato puede ser perro o lo que puede ser gato o perro puede ser un ave o cualquier otro animal que vuele. Debiera maravillarme porque, lo que se cree que es, no es. No puedo. ¿Acaso me maravilla que tú no seas lo que tu esposo cree que eres? ¿Acaso me maravilla no ser lo que mi esposa cree que soy? Tu animalejo es un cínico, nada más. Un cínico ejercitado. ■

# Caballo en el salitral

**E**l aeroplano viene toreando el aire. Cuando pasa sobre los ranchos que se le arriman a la estación, los chicos se desbandan y los hombres envaran las piernas para aguantar el cimbrón.

Ya está de la otra mano, perdiéndose a ras del monte. Los niños y las madres asoman como después de la lluvia. Vuelven las voces de los hombres:

—¿Será Zanni..., el volador?

—No puede. Si Zanni le está dando la vuelta al mundo.

—¿Y qué, acaso no estamos en el mundo?

—Así es; pero eso no lo sabe nadie, aparte de nosotros.

Pedro Pascual oye y se guía por los más enterados: tiene que ser que el aeroplano le sale al paso al "tren del rey".

Humberto de Saboya, príncipe de Piamonte, no es rey; pero lo será, dicen, cuando se le muera el padre, que es rey de veras.

Esa misma tarde, dicen, el príncipe de Europa estará allí, en esa pobrecita tierra de los medanales.

Pedro Pascual quiere ver para contarle a la mujer. Mejor si estuviera acá. A Pedro Pascual le gusta compartir con ella, aunque sea el mate o la risa. Y no le agrada estar solo, como agregado a la visita, delante del corralón. No es hosco; no está asentado, no más: los mendocinos se rien de su tonada cordobesa.

Se refugia en el acomodo de los fardos de pienso. Tanta tierra, la del patrón que él cuida, y tener que cargar pasto prensado y alambrado para quitarles el hambre a las vacas. Las manos que ajustan y cinchan dan con los yuyos que han segado en el camino: previsión medicinal para la casa. Perilla, tabaquillo, té de burro, arrayán, atamisque... Mueve y ordena los manojos y la mezcla de fragancias le compone el hogar, resumido en una taza aromática. Pero se adueña del olfato la intensidad del tomillo y Pedro Pascual quiere compararlo con algo y no acierta, hasta que piensa, seguro: "... este es el rey, porque le da olor al campo".

¿Eso, el tren del rey? ¿Una maquinita y un vagón dándose humo? No puede ser; sin embargo, la gente dice...

Pedro Pascual desatiende. Lo llama esa carga de nubes azuladas, bajonas, que están tapando el cielo. Se siente como traicionado, como si lo hubieran distraído con un juguete zampándole por la espalda la tormenta. No obstante, ¿por qué ese disgusto y esa preocupación? ¿No es agua lo que precisa el campo? Sí, pero... su campo está más allá de la Loma de los Sapos.

La maquinita pita al dejar de lado la estación y a Pedro Pascual le parece que ha asustado las nubes. Se arremolinan, cambian de rumbo, se abren, como rajadas, como pechadas por un soplido formidable. El sol recae en la arena gris y amarronada y Pedro Pascual siente como si lo iluminara por dentro, porque el frente de nubes semeja haber reculado para llevarle el agua adonde él la precisa.

Ahora Pedro Pascual se reintegra al sitio donde está parado. Ahora lo entiende todo: la maquinita era algo así como un rastreador, o como un payaso que encabeza el desfile del circo. El "tren del rey", el tren que debe ser distinto de todos los trenes que se escapan por los rieles, viene más serio, allá al fondo.

Es distinto, se dice Pedro Pascual. Se da razones; porque en el miriñaque tiene unos escudos, y dos banderas... ¿Y por qué más? Porque parece deshabitado, con las ventanillas caídas, y nadie que se asome, nadie que baje o suba. El maquinista, allá, y un guarda, acá, y en las losetas de portland de la estación un milico cuadrado haciendo el saludo, ¿a quién?

La poblada, que no se animaba, se cuela en el andén y nadie la ataja. Los chicos están como chupados por lo que no ocurre. Los hom-

bres caminan, largo a largo, pisan con vigor y arrogancia, y harían ruido si pudieran, pero las alpargatas no suenan. Se hablan alto, por mostrar coraje, mas ni uno solo mira el tren, como si no estuviera.

Después, cuando se va, sí, se quedan mirándole la cola y a los comentarios: "¡Será ! ...".

Antes que el tren sea una memoria, llega de atrás el avioncito obsequioso, dispuesto a no perderle los pasos.

Tendrá que arrepentirse, Pedro Pascual, de la curiosidad y de la demora; aunque poco tiempo le será dado para su arrepentimiento.

A una hora de marcha de la estación, donde ya no hay puestos de cabras, lo recibe y lo acosa, lo ciega el agua del cielo. Lo achica, lo voltea, como si quisiera tirarlo a un pozo. Lo acobarda, le mete miedo, trezada con los refusilos que son de una pureza como la de la hoja del más peligroso acero.

Pedro Pascual deja el pescante. No quiere abandonar el caballito; pero el monte es achaparrado y apenas cabe él, en cucullas. El animal humilde, obediente a una orden no pronunciada, se queda en la huella con el chaparrón en los lomos.

Entonces sucede. El rayo se desgarras como una llamarada blanca y prende en el alpataco de ramas curvas que daban amparo al hombre. Pedro Pascual alcanza a gritar, mientras se achicharra. Ruido hace, de achicharrarse.

El caballo, a unos metros, relincha de pavor, ciego de luz, y se desemboca a la noche con el lastre del carro y el pasto que le hunde las ruedas en la arena y en el agua, pero no lo frena.

Clarea en el bajo, mas no en los ojos del animal.

Ha huido toda la noche. Afloja el paso, somnoliento y vencido, y se detiene. El carro le pesa como un tirón a lo largo de las varas; sin embargo, lo aguanta. Cabecea un sueño. La pititorra picotea la superficie del pasto y a saltitos lleva su osadía por todo el dorso del caballo, hasta la cabeza. El animal despierta y se sacude y el pajarito le vuela en torno y deja a la vista las plumas blancas del pecho, adorno de su masa gris pardusca. Después lo abandona.

El cuadrúpedo obedece al hambre, más que a la fatiga. El pienso mojado de su carga le alerta las narices. Hunde el casco, afirma el remo, para darse impulso, y sale a buscar.

Huele, tras de orientarse, si bien donde está ya no hay ni la huella que ayuda y el silencio es tan imperioso que el animal ni relincha, como si participara de una mudez y una sordera universales.

El sol golpea en la arena, rebota y se le mete en la garganta.

No es difícil ?—todavía?— beber, porque la lluvia reciente se ha aposentado al pie de los algarrobos y el ramaje la defiende de una rápida evaporación.

El olor de las vainas le remueve el instinto, por la experiencia de otro día de hambre desesperada, pero el algarrobo, con sus espinas, le acuchilla los labios.

El atardecer calma el día y concede un descanso al animal.

La nueva luz revela una huella triple, que viene al carro, se enmaraña y se devuelve. La formaron las patitas, que apenas se levantan, del pichiciego, el Juan Calado, el del vestido trunco de algodón de vidrio. El pasto enfardado pudo ser su golosina de una noche; estacionado, su eterno almacén. Muy elevado, sin embargo, para sus cortas piernas.

Muy feo, además, como indicio del desamparo y la pasividad del caballo de los ojos impedidos. Ahí está, débil, consumiéndose, incapaz de responder a las urgencias de su estómago.

Una perdiz se desanuda del monte y levanta con sus pitidos el miedo que empieza a gobernar, más que el hambre, al animal uncido al carro. Es que vienen volteando los yaguarondíes. La perdiz lo sabe; el caballo no lo sabe, pero se le avisa, por dentro.

Los dos gatazos, moro el uno, canela el otro, se tumban por juego, ruedan empelotados y con las manos afelpadas se amagan y se sacuden aunque sin daño, reservadas las uñas para la presa incauta o lerdá que ya vendrá.

El caballo se moja repentinamente los ijares y dispara. El ruido excesivo, ese ruido que no es del desierto, ahuyenta a los yaguarondíes, si bien eso no está en los alcances del carguero y él tira al médano.

La arena es blanda y blandas son las curvas de sus lomadas. Otra, de rectas precisas, es la sólida geometría del carro que se esfuerza por montarlas.

Sin embargo, en esa guerra de arena tiene un resuello el animal. Ofuscado y resoplante, tupidas las fosas nasales, no ha sondeado en largo rato en busca de alimento, pero el pie, como bola loca, ha dado con una mancha áspera de solupe. La cabeza, por fin, puede inclinarse por algo que no sea el cansancio. Los labios rastrean codiciosos hasta que dan con los tallos rígidos. Es como tragarse unos palos; no obstan-

te, el estómago los recibe con rumores de bienvenida.

El ramillete de finas hojas del coirón se ampara en la reciedumbre del solupe y, para prolongar las horas mansas del desquite de tanta hambruna, el coirón comestible se enlaza más abajo con los tallos tiernos del telquí de las ramitas decumbentes.

El olor de una planta ha denunciado la otra, mas nada revela el agua, y el animal retorna, con otro día, hacia las "islas" de monte que suelen encofrarla.

Un bañado turbio, que no refleja la luz, un bañado decadente que morirá con tres soles, lo retiene como un querido corral.

Las islas y las isletas se pueblan de sedientos animales en tránsito; disminuye su población cuando unos se dañan a otros, sin llegar a vaciarse.

El caballo se perturba con la vecindad vocinglera y reñidora, aunque nadie, todavía, se ha metido con él. Un día guarda distancia, condenándose al sol del arenal; al otro se arriesga y puede roer la miseria de la corteza del retamo.

De las islas se suelta la liebre. Ahonda su refugio el cuí. El zorro prescinde de su odio a la luz solar y deja ver a campo abierto su cola ampulosa detrás del cuerpo pobrete. Únicamente en el ramaje queda vida, la de los pájaros; pero ellos también se silencian: viene el puma, el bandido rapado, el taimado que parece chiquito adelante y crece en su tren trasero para ayudar el salto.

No busca el agua, no comerá conejos. Desde lejos ha oteado en descubierto el caballo sin hombre. Se adelanta en contra del viento.

A favor, en cambio, tiene el aire una yegua guacha, libre, que no conoció jamás montura ni arreo alguno. Acude a las islas, por agua.

La inesperada presencia del macho la hace relinchar de gozo y el caballo en las varas vuelca la cabeza como si pudiera ver, armando sólo un revuelo de moscas. En los últimos metros, la yegua presume con un troceto y al final se exhibe, delante, cejada, con sus largas crines y su cuerpo sano.

En el caballo resucita el ansia carnal. Si ella postergó la sed, él puede superar la declinación física.

Se arrima, se arriman él y su carro. La hembra desconfió de ese desplazamiento monstruoso, no entiende cómo se mueve el carro cuando



se mueve el macho. Corcovea, se escurre al acercamiento de las cabezas que él intenta, como un extraño y atávico parlamento previo.

Brinca ella, excitada y recelosa; se aturde por el ímpetu cálido que la recorre. Y aturdida, conmovida, descuidada, depone su guardia montaráz y rueda con un relincho de pánico al primer salto y el primer zarpazo del puma.

Como herido en sus carnes, como perseguido por la fiera que está sangrando a la hembra, el caballo enloquece en una disparada que es traqueteo penoso rumbo adentro del arenal.

Corta fue la arena para el terror. La uña pisa ya la ciénaga salitrosa. Es una adherencia, un arrastre que pareciera chuparlo hacia el fondo del suelo. Tiene que salir, pero sale a la planicie blanca, apenas de cuando en cuando moteada por la arenilla.

Gana fuerzas para otro empujoncito mascando vidriera, la hija solitaria del salitral, una hoja como de papel que envuelve el tallo alto de dos metros igual que si apañara un bastón

Más adelante persigue los olores. Huele con avidez. Capta algo en el aire y se empeña tras de esto, con su paso de enfermo, hasta que lo pierde y se pierde.

Ahora percibe el olor de pasto, de pasto pastoso, jugoso, de corral. Lo ventea y mastica el freno como si mascara pasto. Masca, huele y gira para alcanzar lo que imagina que masca. Está oliendo el pienso de su carro, persiguiendo enfebrecido lo que carga detrás. Ronda una ronda mortal. El carro hace huella, se atasca y ya no puede, el caballero, salir adelante. Tira, saca pecho y patina. Su última vida se gasta.

Tan sequito está, tan flaco, que luego, al otro o al otro día, como ya no gravita nada, el peso de los fardos echa el carro hacia atrás, las varas apuntan al firmamento y el cuerpo vencido queda colgado en el aire.

Por allá, entretanto, acude con su oscura vestimenta el jote, el que no come solo.

## **UN SEPTIEMBRE**

Lavado está el carro, lavados los huesos, más que de lluvia, por las emanaciones corrosivas y purificadoras del salitre.

Ruina son los huesos, caídos y dispersos, perdida la jaula del pellejo.

Pero en una punta de vara enredó sus cueros el cabezal del arreo y se ha hecho bolsa que contiene, boca arriba, el largo cráneo medio pelado.

Sobre la ruina transcurre la vida, a la búsqueda de la seguridad de subsistencia: una bandada de catitas celestes, casi azules los machos, de un blanco apenas bañado de cielo las hembras.

Con ellas, una pareja de palomas torcazas emigra de la sequía puntana. Ya descubren, desde el vuelo, la excitante floración del chañar brea, que anchamente pinta de amarillo los montes del oeste.

Sin embargo, la palomita del fresco plumaje pardo comprende que no podrá llegar con su carga de madre. Se le revela, abajo, en medio de la tensa aridez del salitral, el carro que puede ser apoyo y refugio. Hace dos círculos en el aire, para descender. Zurea, para advertir al palomo que no la sigue. Pero el macho no se detiene y la familia se deshace.

No importa, porque la madre ha encontrado nido hecho donde alumbrar sus huevos. Como una mano combada, para recibir el agua o la semilla, la cabeza invertida del caballito ciego acoge en el fondo a la dulcísima ave. Después, cuando se abran los huevos, será una caja de trinos. ■

### ANTONIO DI BENEDETTO

Nació en Mendoza el 2 de noviembre de 1922. Periodista, fue subdirector del diario *Los Andes*, y corresponsal del diario *La Prensa*. En 1953 publicó su primer libro, *Mundo animal*, con el que inició su brillante carrera de escritor cuya cima fue la novela *Zama*, acaso una de las más grandes novelas de la literatura argentina. En 1976, pocas horas después del golpe militar del 24 de marzo, Di Benedetto fue secuestrado por el ejército. "Creo nunca estaré seguro de que fui encarcelado por algo que publiqué. Mi sufrimiento hubiese sido menor si alguna vez me hubieran dicho qué exactamente. Pero no lo supe. Esta incertidumbre es la más horrosas de las torturas", diría años más tarde. Humillado, golpeado y destrozado anímicamente, fue excarcelado el 4 de septiembre de 1977 y se exilió en Estados Unidos, Francia y España. Regresó definitivamente a la Argentina en 1985. Murió víctima de un derrame cerebral el 10 de octubre de 1986 en Buenos Aires.

[Fuentes: Graciela de Sola en el "Diccionario de la Literatura Argentina", de Pedro Orgambide y Roberto Yahni, publicado por Sudamericana; literatura.org.]



## Narrativa Cardinal Argentina

Este libro se terminó de imprimir en el mes de  
Septiembre de 2010 en Cooperativa de Trabajo Artes  
Gráficas el Sol Limitada, Av. Amancio Alcorta 2190,  
Pque. Patricios, Ciudad de Buenos Aires.



# CÓRDOBA LA RIOJA SAN LUIS SAN JUAN MENDOZA

